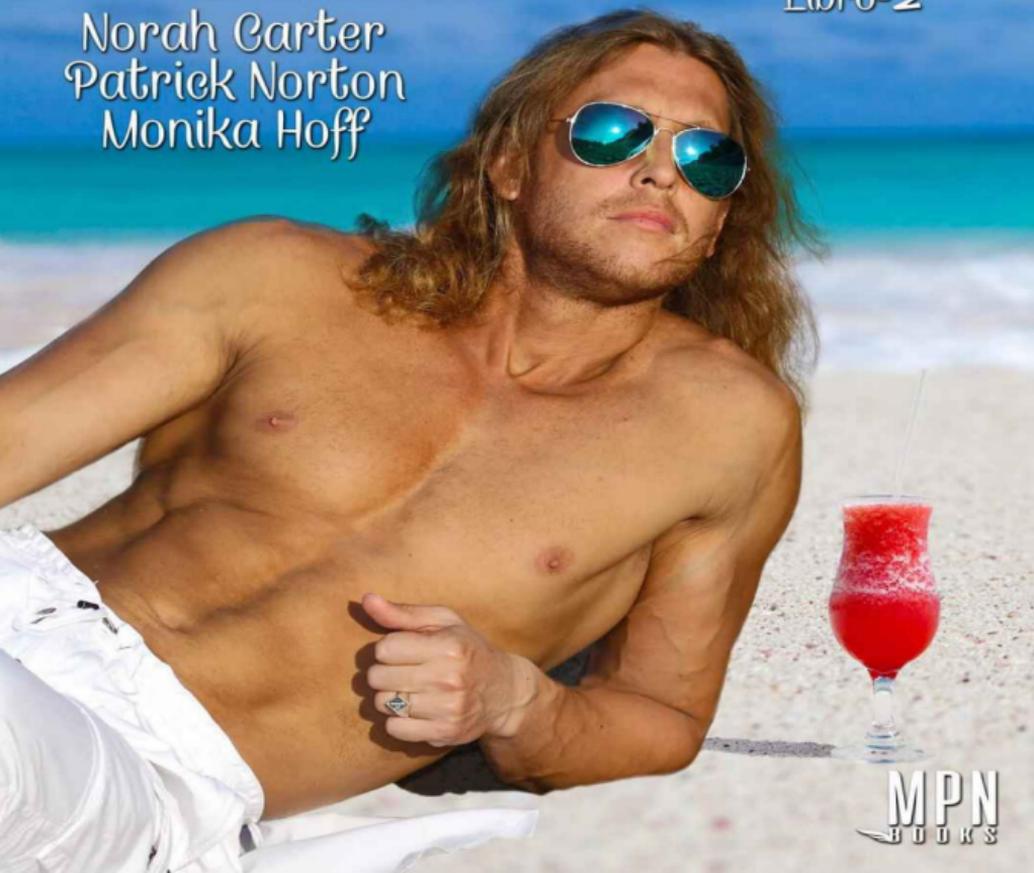


Trilogía Mi Vikingo.

Deseeo pedido

Libro-2

Norah Carter
Patrick Norton
Monika Hoff



MPN
BOOKS

Deseo pedido
Trilogía el vikingo
2

Norah Carter—Patrick Norton
—Monika Hoff

Título: Deseo Pedido. Trilogía el Vikingo 2.

© 2017 Norah Carter — Patrick Norton — Monika Hoff

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Enero, 2017.

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor.

Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Capítulo 1

Me quería morir, no podía creer lo que había leído en ese mensaje, no podía ser cierto, fui corriendo hacía la cocina y estaba mi padre en la mesa.

—Papa, sé que es una locura, pero necesito salir pitando para Ámsterdam.

—No me asustes ¿Qué ha pasado ahora?

—Sé la verdad de lo que ha sucedido con Alan, lo hizo para protegerme, está en silla de ruedas, tengo que ir a verlo.

—No me lo puedo creer — dijo asombrado. —
¿Pero él sabe que vas?

—No, me ha mandado un mensaje, no se lo he contestado, si lo hago no lo permitirá.

—No estoy de acuerdo, pero no te voy a frenar a que lo hagas ¿De cuánto dinero dispones para los vuelos y para estar allí?

—Papá, tengo la beca entera, me pagaste toda la estancia en Ámsterdam, no me hace falta dinero, solo coger un vuelo.

Se levantó y cogió la tablet, mientras me preparé un café.

—Hija... ¿Para mañana?

—Mira para hoy, papá, por favor.

Vi cómo ni levantaba la cabeza, se puso a buscar.

—Hay uno para las 3 de la tarde, creo que nos puede dar tiempo — dijo mientras aparecía Eric por la cocina y venía a abrazarnos, detrás lo hacia mi madre.

Mi padre le contó rápido toda la odisea, ella negó con la cabeza, pero me abrazó y me dijo que ese no es el tipo de vida que había soñado para mí, pero si me hacía feliz, que me apoyarían.

Preparé la maleta, ya tenía el vuelo de ida, mi padre insistió en que cogiese hotel, yo me negué,

ya buscaría alrededor de Alan.

Me despedí del pequeño que me miraba apenado, seguidamente de mi madre y me fui con mi padre pitando al aeropuerto.

Llegué a la terminal y facturé la maleta, había metido muchas cosas por si me quedaba más tiempo de la cuenta, me despedí de mi padre antes de pasar el cordón policial y una vez cerca de la puerta de embarque, me metí en una cafetería y me compré un refresco con un sándwich.

Estaba nerviosa, no me podía creer que no me hubiese dado cuenta de lo que le pasaba, me reprochaba el haberme ido y no haberme quedado a su lado, pero me lo puso realmente difícil, no sabía cómo me iba a recibir, pero de que lo haría, lo haría...

En el vuelo me tocó un chico al lado, me recordaba a Pablo Alborán, estuve a punto de preguntarle si era él, pero estaba casi segura que no lo era, rápidamente entablamos conversación, iba para Ámsterdam a ver a la novia, que era

holandesa, él se llamaba Pablo, ya ahí solté una carcajada, supo rápido de que se trataba, no era la primera vez que lo confundían, encima por llevar igual, llevaban hasta el nombre.

Le conté mi historia, estaba flipando, no podía creérselo, ni yo el haberlo hecho, pero él no paraba de reflexionar sobre todo y me gustaba esa conversación que teníamos, necesitaba la opinión de alguien que no fuese de mi entorno, me hizo apuntar su teléfono por si me veía sola en la ciudad que lo avisase, me dijo que no temiese por la novia que era muy dócil, rompí a llorar de la risa, mientras intercambiábamos los teléfonos. Bajamos del avión y me dijo que me llevarían, su novia lo estaba esperando, le dije que por favor que no, pero no les valieron mis excusas de nada. Salimos del aeropuerto y allí estaba ella, una preciosa rubia con una sonrisa en los labios, nos presentó y le dijo que me había conocido en el vuelo, ella corriendo agarró mi maleta para meterla en su coche, yo me quedé flipando, me aparece mi novio con otra y lo harlo a hostias a los

dos, pensé.

Me dejaron frente a la casa de Alan, me despedí de ellos mientras sacaba mi equipaje del maletero, prometí llamarlos para tomar un café.

Sabía exactamente adónde iba, salí de España con la idea en la cabeza y lo primero que hice, al llegar a Ámsterdam, fue ir a su casa.

No me dio tiempo a acercarme mucho, en ese momento él salía por la puerta en su silla de ruedas. Se me partió el alma al verlo así, pero iba decidida, así que me acerqué.

No se dio cuenta hasta que estuve lo bastante cerca, levantó la mirada y no sé cómo definir lo que vi en sus ojos. Una mezcla de alegría, miedo, tristeza... Dolor.

—¿Qué haces aquí? — preguntó al verme, curiosamente, su voz enronquecida.

Sabía que, aunque no quisiera demostrarlo, estaba emocionado.

—Vine a verte. ¿Cómo estás? — pregunté.

—No deberías estar aquí, soy un ser inservible, ¿no lo ves?

—No, yo no veo nada de eso. Veo un hombre valiente — dije con lágrimas en mis ojos.

—Estoy inválido, Dakota. No pierdas tu tiempo. Vete.

—Pues será que acabo de llegar y no me voy a ir a ningún lado...

—Mujer latina... — refunfuñó, como una manera de decirme que era cabezota, que lo era, por supuesto.

—¿Cómo estás? ¿Qué dicen los médicos? — fui a acariciarle la cara, pero no me dejó. Me dolió, pero en el fondo lo entendía.

—Este es mi destino, esta maldita silla.

—¿No hay esperanza? — no podía, o no quería creer eso.

—Casi ninguna.

—¿Casi? — pregunté con esperanza en la voz.

—¿Operaciones y más operaciones? ¿Cuándo las posibilidades son mínimas? ¿Para qué, Dakota?

—Para luchar — dije ferozmente.

—Yo no tengo nada por lo que luchar.

—¿No? ¿Y yo soy nada?

Me miró y vi sus ojos inundados en lágrimas, sabía que eso le había dolido, pero no pude

callarme.

—Debes irte — dijo tras carraspear.

—Alan... A ver si empiezas a conocerme — dije antes de colocarme al lado de él, para acompañarlo adonde fuera. Porque dejarlo solo... Ni de coña.

—Debes irte, Dakota...

—No seas más cabezón, va, invítame a cenar por lo menos ya que he venido hasta aquí, además estoy que me muero de hambre — dije intentándolo llevar a mi terreno.

—Está bien... ¿Adónde quieres ir? Si no hay que hacer traslados en coche te lo agradezco, aún no estoy muy acostumbrado y me pongo nervioso.

—Nada, a la plaza de atrás nos vamos. Hay muy

buenos restaurantes — dije con soltura.

—¿Has cogido hotel? — preguntó mirando la maleta.

—No, luego pregunto por los que hay aquí alrededor, te quiero tener controlado — dije sacando la lengua.

—No digas tonterías — dijo mientras iba para la puerta de su casa,

La abrió y me señaló que dejara la maleta.

—Gracias — dije mientras que la dejaba a un lado del recibidor y volvía a salir para irnos.

—¿No te alegras de verme? — pregunté de forma espontánea.

—No sé qué decir, Dakota. No me lo esperaba.

Se quedó en silencio. Estaba estremecida. Me causaba un inmenso dolor verlo en silla de ruedas. Sin embargo, un brillo especial, inédito, se reflejaba en sus ojos al mirarme, como, si, en el fondo, agradeciese que hubiese venido.

Lo empujaba y él hacía todo lo posible por evitar que yo lo hiciera. Aún se manejaba con torpeza. Qué difícil era ser testigo de aquella escena. No hacía nada que los dos vibráramos de emoción a bordo de una Harley Davidson.

Y, ahora que lo escribo desde la distancia, solo cabe una pregunta que, en aquel momento, no me hacía. No podía hacérmela: ¿Por qué el destino se había cebado con él? ¿Por qué?

Yo tenía la sensación de estar viviendo un sueño. No era exactamente un sueño. Un sueño no sería la palabra correcta. La palabra correcta sería más bien “pesadilla”.

¿Qué vida le esperaba a Alan? Su existencia había dado un giro de ciento ochenta grados y necesitaba encontrar un asidero de esperanza para ese nuevo desafío. El futuro era una losa para él. No hacía

falta que me lo dijera, lo intuía.

Nos sentamos en la terraza del restaurante.

Alan no me miraba. Había bajado los ojos, como si se avergonzara de verse en esa situación, pero, sobre todo, se avergonzaba de que yo lo viera así.

Pero a mí me daba igual. Sé que él me necesitaba y yo lo necesitaba más todavía. No me vais a creer, pero era cierto.

Sentía que era feliz allí con él. Era Alan. Era mi vikingo y él, aunque no quisiera que yo estuviese allí, también deseaba que no lo dejase. Deseaba verme, apreciar mi figura y notar mi calor. Antes de que nos sirvieran, hablamos un poco. Tenía miedo a fastidiarla con alguna frase. Tenía miedo a no ser lo suficientemente prudente en alguna de mis intervenciones.

—Dakota, no sé de qué hablar.

—No te he pedido que hables. Disfrutemos de la comida.

—Disfrutemos, disfrutemos. No tiene ningún sentido que yo diga eso ahora.

—¿Por qué? —pregunté con el ánimo encogido.

—¿No te has dado cuenta todavía? No quiero tu compasión.

—Alan, cállate — le solté con firmeza.

Se hizo un silencio tenso entre nosotros. Algunas parejas me miraron.

—No era necesario que te pusieras así.

—Alan, voy a ser sincera contigo. Sé que no es fácil para ti. Lo sé. Pero, ¿cómo crees que me siento yo? — dije con un tono de amargura que no podía ocultar de ningún modo.

—No quería ser grosero.

—Te he dicho antes que no voy a marcharme.
Voy a estar a tu lado.

—¿No te da miedo, Dakota?

—No entiendo esa pregunta.

—¿No te da miedo que me quede así para siempre?

—No —fui tajante en mi respuesta.

Volvió a hacerse un silencio tenso y sus ojos se llenaron de lágrimas. Me estaba rompiendo el corazón.

—Alan, no es justo.

—Déjame llorar.

—Llora todo lo que quieras. Pero sé que así no

te vas a quedar. Sé que vas a salir de esta.

—¿Por qué dices que no es justo que lllore?

—Estás vivo. Hay mucha gente que no puede decir eso. Y tú has tenido la suerte de sobrevivir.

—No lo veo así, Dakota. Es una desgracia.

—Es normal, Alan, que lo percibas así.

Quise frenar un poco. Mi tono era ahora conciliador. No quería ponerlo contra las cuerdas. No quería ahogarlo con más recriminaciones. Porque mis consejos sonaban a eso, a recriminaciones por mucho que intentara evitarlo.

—Es normal que tengas esa sensación de derrota. Debes tener fe en ti mismo.

—Pero, ¿cómo voy a tener fe en mí mismo, si no

puedo dar un paso? ¿A quién voy a importar yo ahora?

Sus palabras estaban cargadas de tristeza. Se secó las lágrimas con sus pulgares y esquivó la luz que ahora iluminaba su cara.

—No puedes tener esa actitud. Debes disimular. Debes fingir, Alan.

—¿Qué dices? — preguntó entre confuso e airado.

—Debes fingir que eres feliz. Te ayudará.

—No pienso hacer algo así.

—Repito: te ayudará y a mí también.

—No lo creo. Yo no puedo vivir así, Dakota. Estaba lleno de vida y ahora soy un ser inerte, impedido, sin ilusión alguna.

—Alan, sigues estando lleno de vida. Date tiempo. Habla conmigo.

—No me apetece hacer nada.

—¿Ni siquiera lo vas a intentar por mí?

—Dakota, agradezco mucho tu generosidad. Pero esta batalla voy a librarla yo solo y tengo muy claro que voy a perderla.

—No vas a estar solo.

—No quiero que te hundas conmigo

—sentenció.

—No quiero escuchar eso otra vez. ¿Me oyes?

Mi voz sonó amenazante. Se mordió el labio inferior y su rostro volvió a ensombrecerse.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso, Alan.

—Perdona. No sé cómo comportarme. No sé cómo expresarme. Ahora soy otra persona.

—No eres otra persona. Eres el mismo.

—No es cierto, Dakota. Yo era un aventurero. Amaba la velocidad y la libertad.

—Ahora debes aprender a amar otras cosas.

Era increíble que yo contestara así. Me sorprendía a mí misma de mis propias respuestas.

Sinceramente, nunca pensé que me iba a enfrentar una experiencia tan cruda y traumática.

Nos sirvieron unos entrantes deliciosos y yo me puse a sonreír mientras los mordía con delicadeza para evitar quemarme la lengua.

—Alan, está exquisito.

—No tengo hambre. Prefiero no comer.

—No me vengas con esas. Si quieres recuperarte, debes comer, ¿me oyes? — dije yo con voz animada.

—Por favor, ya está siendo bastante duro para mí estar aquí, delante de todo el mundo, ¿sabes?

—Lo sé, pero solo te pido una cosa.

—¿Qué quieres, Dakota?

—No te tortures más. Sé que intentas provocarme para que te dé la razón, para que te diga que me jode verte así, que eres un inútil y que nunca esperé que fueses a pasar el resto de tu vida en una silla de ruedas. Pero no lo voy a hacer, Alan.

Había tristeza en esos ojos que ahora me miraban. Yo masticaba. No estaba siendo nada fácil para mí

aquella comida. Cada bocado que daba se me atragantaba.

Al fin, se animó. Pinchó un trozo de pescado rebozado y se lo metió a la boca. Luego bebió de su cerveza.

—No quiero atarte, Dakota.

—Alan, vas a hacer que pierda la paciencia. Por favor, necesito que reacciones.

—No quiero atarte — repitió cogiéndome la mano.

Noté el frío que corría por sus venas, pues yo la agarré con fuerza. Temí que me soltara cuando apretara mi mano, pero no lo hizo.

—Alan, no me vas a atar. Ten claro que si no me importaras de verdad, no estaría aquí. Y no tiene nada que ver con tu estado de salud.

—No sé si creerte.

—Habría sido muy fácil para mí quedarme en España o venir a Ámsterdam y evitar que coincidiéramos.

—¿Por qué haces esto? — preguntó con tristeza.

—Porque a mí sí que me apetece vivir. Porque quiero que te levantes de esa maldita silla. Porque quiero que luches. Porque, aunque no te des cuenta, has cambiado mi vida. Ya no soy la misma persona. Yo tampoco lo soy, Alan.

Al decirle aquello, pude observar que esbozaba una tímida sonrisa, como si le tranquilizara el hecho de que yo comprendiese por lo que estaba pasando. Algo había cambiado en su interior. Sin duda, estaba más animado.

—Ha sucedido todo muy deprisa — comentó a los pocos minutos.

—Estas cosas ocurren así, Alan. Y, como tú, hay mucha gente que lucha todos los días por resistir y por lograr caminar de nuevo.

—No soy todavía consciente de lo que ha pasado. No siento las piernas, Dakota. A veces, me despierto en la noche y pienso que estoy viviendo una pesadilla. Pero entonces descubro que es verdad, que es verdad esta maldita parálisis, y entonces me pongo a llorar. Y ahí empieza la verdadera pesadilla.

—Es bueno que me digas todo eso. Necesitas desahogarte. Tus sentimientos, tus propios sentimientos, te están asfixiando. Quizá debas ir a un psicólogo.

—No quiero parecer débil, Dakota. Pero a veces no me queda más remedio que ponerme a llorar. Siento rabia e impotencia.

—No te lo calles, Alan.

Por primera vez estaba siendo sincero. Por primera vez, sus palabras no eran una forma de autolesionarse sino de rebelarse contra esa tristeza y apatía que lo embargaban.

—Ahora será más fácil, Dakota.

—¿Por qué? — pregunté esbozando una sonrisa.

—Ya sabes la respuesta.

—No, no la sé — repuse con aire infantil.

—Te gusta que te halaguen, ¿verdad?

—No, lo que quiero es que lo digas. Quiero escucharlo, Alan. ¿Por qué va a ser más fácil?

—Porque estás a mi lado — respondió con un suave susurro.

Terminaron de servirnos y, por momentos, creí estar delante de aquel Alan del que me había enamorado aquella vez que lo vi junto a su moto. Parecía ser de nuevo el hombre alegre, extrovertido y seductor que me había conquistado. Durante unos minutos, Alan pareció olvidar que estaba sentado en una silla de ruedas. Debo confesar en este momento que, si algo jamás pude imaginar, fue que Alan, aquel hombre tan activo y enérgico, que había conocido hacía poco tiempo, fuese a acabar en una silla de ruedas. Pero es absurdo pensar en eso, porque, al igual que yo, muchos habrán pensado lo mismo de familiares y amigos que, inesperadamente, tras sufrir un accidente, han quedado inmovilizados. Tomamos café en la misma terraza. Y a veces, sin que yo se lo pidiera, me cogía la mano, su mano fría, que a veces temblaba, que a veces parecía suplicarme mi compañía, como si, en aquel gesto, me estuviese demandando: “No te vayas, por favor”, “no te vayas, Dakota”.

No iba a hacerlo. Alan me importaba. Alan me había hecho sentir cosas que yo antes no había experimentado. Y ahora también lo estaba haciendo. Ahora que estaba afrontando el momento más duro de su existencia volvía a enamorarme, volvía a hacer que yo descubriera en mí nuevas sensaciones.

La luz de la tarde declinó y nos marchamos de allí. Sentía que Alan estaba mejor, que no me necesitaba a mí, sino que lo que necesitaba era demostrarse que era capaz de tener a alguien junto a él, que el hecho de estar en una silla de ruedas no significaba para nada mantener una relación. El agua discurría por los canales. El murmullo era embriagador, hipnótico. Volvíamos a casa. Un motorista se cruzó en nuestro camino y vi que Alan bajó la cabeza. Entonces yo le dije.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Eres muy guapo.

—Y eso, ¿a qué viene ahora?

—No lo sé. Me apetecía decirlo. ¿Pasa algo?

—No. No pasa nada.

—Quiero estar contigo

—No sé qué decir.

—Por cierto, ¿recuerdas cuando me dijiste en el mensaje que pidiera un deseo?

—Sí, miedo me das...

—Pues lo pedí, así que... ¡No lo jodas! — dije sacando la lengua.

—Vaya, espero no joderlo — dijo mientras

abría la puerta de su casa.

—No te lo permitiré— esbocé una sonrisa

—Mañana viene a primera hora Dana, la mujer de la limpieza, además es enfermera, es especializada y me la han recomendado, va a flipar al verte. Por cierto, me ha ayudado mucho. Quería venirse aquí permanentemente, hasta que estuviese yo más acomodado, pero le dije que no.

—Vaya, cabezón como la vida misma.

—Bueno, como verás me he trasladado a la habitación de abajo que era la de invitados, así que puedes poner ahí tu ropa, luego ya veremos dónde duermes.

—¿Qué dices, loco? Contigo voy a dormir, hasta ahí podíamos llegar ¿Quieres pelea? — bromeé.

—No estoy para peleas ahora — contestó riendo.

Nos miramos un rato en silencio. Lo había recuperado. Volvía a ser el Alan que yo había conocido tiempo atrás.

Cogí sus manos y levanté sus brazos. A punto estuvimos de fundirnos en un abrazo, pero algo nos lo impidió en ese instante: miedo, los recuerdos, el temor a volver a gustarnos. No lo sé.

—Dakota, ¿puedo pedirte algo?

—Sí, claro. Dime — dije un tanto confusa.

—Duerme conmigo. No voy a tocarte. Pero necesito a alguien cerca.

No dije nada. Me di la vuelta. Dudé, pero accedí.

—Te estás aprovechando, Alan.

—No me digas eso. No puedo obligarte.

—Ya veremos qué hacemos — dije bromeando, era lo que más deseaba en el mundo.

Me puse ropa cómoda que saqué de mi maleta. Aún no había guardado mi ropa. Ayudé a Alan a desvestirse. Noté su tristeza, su indefensión, su incapacidad para defenderse en ese mundo que descubría ahora.

Hubo silencio. Yo no paraba de sonreír aunque estaba muriéndome por dentro, aunque Alan seguía siendo el mismo. Se colocó en el lado izquierdo y yo, en el derecho.

—Gracias, Dakota. Gracias.

—No tienes que dármelas.

—Algún día espero recompensarte.

—Alan, deja de decir estupideces.

La noche sobre Ámsterdam era fría. Y nosotros permanecíamos callados sobre la cama. Él miraba el techo y yo cerré los ojos.

Al rato, sentí un golpe fuerte. Yo, Dakota, me había caído de la cama. Alan se despertó y se giró. Yo estaba en el suelo, con un fuerte golpe en la cabeza.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado?

—Nada, que buscaba setas en un bosque y, de repente, me he visto en el suelo.

Nos miramos y empezamos a reírnos. Vaya dos estábamos hechos.

Después de aquel golpe tan estúpido, volví a dormirme. Alan había conseguido coger el sueño de nuevo.

Antes de cerrar los ojos lo estuve observando un

rato, en la oscuridad. Y, sin que él se diese cuenta, suspiré. Necesitaba respirar hondo. Necesitaba relajarme. Había sido un impacto muy grande el que yo había recibido y no iba a ser tan fácil como pensaba enfrentarme a esa nueva realidad. Pero debía hacerlo. Por Alan y por mí. Qué mundo nos esperaba ahora. Qué futuro le esperaba ahora a él. Qué clase de vida sería la que nos tocaría asumir a partir de este instante.

Todas aquellas preguntas sin respuesta solo acentuaban mi ansiedad, agravarla, y él no tenía que darse cuenta de mi preocupación, de que yo estaba completamente destrozada. Yo tenía que resurgir. Dakota tenía que resurgir de sus cenizas y Alan tenía que hacerlo conmigo.

Aquella noche soñé con él, con ese Alan que podía caminar y que me levantaba con sus brazos, y era capaz de hacerme temblar encima de su Harley. Eran sueños que alguna vez habían sido parte de una realidad que me había hecho feliz, mejor

dicho, que nos había hecho feliz.

Capítulo 2

Me levanté temprano. Alan todavía dormía. Me tranquilizó verlo así, relajado, ausente del mundo.

De repente, abrieron la puerta. Era Dana, la sirvienta. Puntual. Me puse la bata y salí a recibirla.

Su apariencia maternal me alivió, pues pude ver en su rostro y en sus ojos la serenidad de alguien que está acostumbrada a tratar con personas que no pueden valerse por sí mismas, aunque Alan estaba aprendiendo muy rápido a hacerlo.

Su pelo recogido y sus limpias facciones me resultaron amables. Transmitían esa tranquilidad y

esa confianza que yo, en aquel momento, necesitaba. Y Alan, también.

—Señorita, ¿quiere un café?

Fue lo primero que me dijo con espontaneidad y sonriendo.

—Sí, por favor. Aunque lo que necesito es una pastilla para el dolor de cabeza.

—Mala noche, ¿verdad?

—Muy mala noche, Dana.

—Es normal —dijo con tono confiado.

—Ojalá pudiera tener tu seguridad — repuse yo.

—La tendrá. La tendrá.

La miré a los ojos y ella me devolvió la mirada

con una sonrisa tierna.

—Estoy destrozada.

—Lo sé. No hace falta que lo diga.

—¿Tanto se me nota?

—No, señorita, lo hace usted muy bien.

—Es muy duro verlo así, Dana.

—¿Qué significa “verlo así”? Es el mismo hombre, pero ahora necesita un poco más de ayuda. Pronto sabrá manejarse solo. Y usted y yo sobraremos aquí.

—No me haga reír. ¿Cómo lo hace, Dana?

—¿El qué? — preguntó sin dejar de sonreír.

—Que no le afecte, que no le afecte nada de

esto.

—Es mi trabajo, señorita.

—Por favor, llámame Dakota.

—Está bien, Dakota.

Me sirvió el café y ella también se puso una taza. Se sentó cerca de mí y me habló. En sus palabras existía la convicción y la fuerza que otorga la experiencia.

—Le he mentado. Sí que me afecta. Y mucho. A lo largo de estos años he visto de todo.

—¿A qué se refiere?

—He visto pacientes optimistas que, pese a no volver a caminar, han hecho que su vida tenga un nuevo sentido y son felices, se lo aseguro. Pero también he visto gente que lo ha pasado mal y lo

sigue pasando mal, gente abocada a la soledad porque no lo han superado o sencillamente porque no tienen a nadie y los pocos que tenían han preferido mirar para otro lado.

—¿Hay gente capaz de eso? — pregunté asustada.

—Sí, hay gente capaz de todo.

La luz del amanecer se filtraba por la ventana, alargaba las sombras, nuestras sombras, en la pared de la cocina. Alan todavía no se había despertado.

—Yo nunca lo dejaré solo.

—Espero que no. Pero no es la primera vez que me encuentro a esposas, fieles esposas, que decían lo mismo y no soportaron la presión.

—No me asustes, Dana. No es fácil asumir una

cosa así.

—Dakota, no eres su esposa y estás aquí. Eso tiene un mérito increíble. No sabes cómo te admiro —dijo ella con voz animada.

—Gracias, pero eso no va a hacer que camine.

—Tiene que confiar en los médicos y esperar. Algunas de esas heridas cicatrizan más rápido de lo que pensamos y las lesiones dejan de ser tan determinantes como se pensaba en un principio.

—Lo veo muy hundido, Dana.

—Póngase en el lugar de ese chico. Llevaba una moto hace unos días y ahora ya no puede hacerlo.

—Tiene razón. No sé cómo hacer que su vida mejore.

—Como está haciendo y ya le he dicho que lo está haciendo muy bien. Esté a su lado.

Improvisé. No hay otra forma de hacer frente a algo así. Yo también voy a ayudarles.

—Éramos felices, Dana. Éramos felices y ahora...

—No se martirice. Ha dormido con él, ¿verdad? Perdóne si me entrometo demasiado.

—No pasa nada. Lo he hecho.

—Pues ahí lo tiene. Usted ha actuado según le ha dictado su corazón y debe seguir así.

Agradecía aquellos consejos de Dana. Los agradecí sinceramente. Lo que ella trataba de decirme es que no hay un plan previo para enfrentarme a esta nueva realidad, sino que debo comportarme como si no hubiese pasado nada,

como si Alan no hubiera sufrido ningún accidente.

Aquella mañana, Alan desayunó conmigo. No le dije nada de mi café con Dana, que pululaba por allí, limpiando y ordenando. No quise decirle nada porque lo que menos necesitaba él ahora eran instrucciones. Lo que yo había hablado con la sirvienta me lo guardaba para mí.

Lo vi animado. Lo vi deseoso de hablar conmigo. Le comenté que pasaría unos días con él, que ya me había encargado de notificarlo en mi trabajo. Lo mejor de todo es que no se mostró contrario a mi decisión, sino que le encantó la idea.

—Sé que no te gusta oírlo, pero debo darte las gracias de nuevo por el esfuerzo que estás haciendo.

—Tranquilo, no soy una mujer demasiado ocupada. Si lo fuera, no estaría aquí delante de un hombre tan pesado — ironicé.

—No me alegro de que te quedes aquí.

—¿Por qué dices eso?

—Porque me gustaría que estuvieses aquí de otra manera.

—¿Qué sucede, Alan? ¿Qué mosca te ha picado?

—Me gustaría que estuvieras aquí con el Alan que conociste el primer día.

—No ha cambiado nada. Eres el mismo. No sé cómo tengo que decírtelo ya.

—¡¡No me mientas!! ¡¡No muestres compasión!!

Según acababa la frase y, sin pensármelo dos veces, le tiré mi café con leche a la cara. Menos mal que ya estaba tibio.

—¿Estás loca?

—¿Loca? Eres un desagradecido. A la ducha.
¡¡A la ducha!! — le grité.

Dana se tapaba la boca porque la escena era muy graciosa. Él estaba todo perdido, mojado desde la cabeza hasta los pies. Sus ojos no parpadeaban. No esperaba una reacción como la mía, pero era lo que se merecía en ese momento.

—No eres quien para gritarme, ¿me oyes? Yo no estoy aquí porque estés postrado en una maldita silla de ruedas. Yo estoy aquí porque me importa Alan, tanto si camina como si no, tanto si va dando volteretas por la calle como si se pone hacer el pino en una plaza para que le echen monedas. Quiero que te lo metas en la cabeza.

—Estás loca. Todas las mujeres están locas —
siguió espetando mientras movía su silla en

dirección al cuarto de baño.

—Menos mal que estamos locas, porque, si no es así, no sé quién iba a aguantar a tipos como tú, joder.

Dana, atenta a la jugada, se había adelantado y había abierto el grifo para que la bañera se llenara. Ayudé a Alan a desvestirse. Estaba dolido y callaba. El olor a café por su cabeza era insoportable. No tenía que haber hecho una cosa así, pero se lo merecía.

Pacientemente lo ayudé con el borde de la bañera y al final pudo sumergir su cuerpo en el agua.

—¿Te ayudo con el gel y con el champú? — pregunté con ironía.

—No, puedo yo solo, loca, más que loca.

—Mejor así, porque no pensaba ayudarte.

—Sal de aquí, Dakota.

—Sí, me voy. Cuando se te bajen esos humos, me llamas — sentencié.

Cuando salí del cuarto de baño, no sabía si reír o llorar. Dana estaba al fondo del pasillo y no dejaba de mirarme con una sonrisa en sus labios.

—Tienes ovarios, Dakota.

—No sé si he actuado correctamente.

—No me esperaba tu reacción, pero ha hecho usted lo que debía hacer.

—¿Por qué? —pregunté un poco sorprendida.

—Porque no debes acostumbrarlo al victimismo. No debes dejar que se haga la víctima.

—Dana, ¿te puedo pedir un favor?

—Sí, claro, para eso estoy aquí.

—Necesito un abrazo —supliqué.

Dana me estrechó entre sus brazos y estuve abrazada a ella durante unos minutos. Tenía ganas de llorar, pero no lo hice. Alan me podía llamar en cualquier momento.

—Sé fuerte. Todo esto pasará. Ya lo verás.

—Eso espero, Dana.

Cuando nos separamos, sonó mi móvil. Enseguida lo cogí. Era mi padre. Lo noté nervioso.

—¿Cómo vas, hija?

—Bien — respondí secamente.

—Esa respuesta no me gusta, Dakota. ¿Y Alan?

En ese momento, dejé sola a Dana y me retiré al dormitorio. Me senté en la cama. Pude ver el rastro del cuerpo de la persona que más me importaba en ese momento sobre las sábanas, un hueco perfectamente dibujado que delataba su inmovilidad.

—Papá, hago lo que puedo. No quiero que preocupes a mamá.

—Hija, explícate. De mamá no te preocupes. La tengo aquí al lado y, al final, se enterará de todo.

—Tengo miedo, papá.

—¿Qué sucede? Déjate de enigmas de una vez.

—Alan está atado a una silla de ruedas. No sabemos si podrá andar de nuevo. Tiene que

someterse a diferentes pruebas y tratamientos. Está deshecho.

En ese instante, me quebré y empecé a llorar. Lo que no había hecho abrazada a Dana, lo hacía ahora. La distancia, la soledad y esa sensibilidad única que mi padre siempre había tenido conmigo motivaron mis lágrimas.

Pero debía ser fuerte. No podía ceder en ese momento. Alan estaba en la bañera y enseguida debía ir a ayudarlo.

—Sé fuerte, Dakota. No quiero que te obsesiones con ese hombre. Haz lo que puedas, pero no te sientas atada.

—Papá, este hombre me importa de verdad. Por esa razón, estoy aquí, junto a él. Nadie me obliga a hacerlo. Pero entiende mi situación.

—¿Quieres que vayamos a ayudarte?

—Papá, no digas tonterías. Tengo que aprender a valerme por mí misma. Tengo que aprender de esta experiencia. No soy ya una niña. Vuestra ocupación ahora es Eric.

Mi madre se puso al teléfono tras esa intervención y estuvimos hablando de Alan. Ella quería saber de primera mano qué estaba pasando. Le conté, sin dejar de sollozar, cómo había sido mi encuentro con él. No quería preocuparla tampoco, pero no podía evitar llorar en algunos momentos en los que sentía que su tono alegre mudaba en una tristeza profunda. Yo tenía que entender también el lugar que mis padres ocupaban en mi vida y que era lógico que se preocuparan en exceso. Su carácter sobre protector estaba ahí.

Nos despedimos y la sensación que me dejó aquella llamada fue una sensación agridulce. Tampoco me podía pillar por sorpresa. Me había ido fuera de casa para desempeñar mi trabajo y me había enamorado inesperadamente de un hombre que me lo había puesto muy difícil para

permanecer a su lado. Ahora, ese hombre se encontraba en una silla de ruedas. ¿Cómo asumen unos padres una fatalidad como esta? No lo sé. Es cierto. Tenía miedo, no al futuro de Alan, sino a nuestro presente. Y eso era lo que mis padres habían intuido en mi voz. Pero ellos sabían que no me quedaba otra que estar en el lugar en el que estaba ahora mismo. Y sabían que tenía razón en varias cosas: la más importante era que tenía que aprender por mí misma, que tenía que aprender de esta experiencia tan dura. Por mucho que lo intenten unos padres, no pueden evitar que sus hijos sufran a lo largo de su existencia.

Alan me llamó. Entré al cuarto de baño y lo ayudé. Después de secarlo, lo llevé al dormitorio donde sucedió algo que no esperábamos ninguno de los dos. Alan se puso la camisa y yo traté de subirle los pantalones. En ese momento, tropecé con mis propios pies y caímos en la cama. Yo estaba encima de él. Escuchaba su corazón. Lo miré a los ojos y tuvimos la tentación de besarnos.

Pero nos evitamos. Reímos para fingir que aún había una distancia insalvable entre nosotros, pese al cariño y el afecto que sentíamos.

Dana había puesto la radio. A Alan le gustaba la música y, después de que se sentara en su silla, noté un brillo especial en sus ojos. Estaba sonando una canción que le encantaba y, sin que yo lo esperase, me cogió por la cintura y me obligó a que girara como una peonza.

Quería bailar y eso hicimos. Bailamos mientras duró aquella canción de los Beatles. Su silla se movía a mi alrededor dibujando círculos. Yo movía las caderas intentando seguir el ritmo de aquella canción. El baile no era lo mío, pero hice lo que pude, y lo más importante fue que sus ojos brillaban de otra manera, que había una nueva luz en su forma de mirarme.

—Alan, te veo distinto.

—Habrá sido el baño — bromeó.

—O el café con leche que te he lanzado.

—Perdona si he sido un impertinente y un maleducado, Dakota.

—No te voy a permitir que te hagas la víctima. Quiero verte feliz. Quiero que bailes como has hecho ahora, ¿me oyes?

—Tú me haces bailar. Eres un regalo del cielo.

Salimos del dormitorio y Dana se dio cuenta enseguida de que Alan parecía otro hombre.

—¿Qué cambio, señor!

—Gracias. El baño me ha sentado muy bien.

—¿Puedo decirle algo?

—Sí, claro.

—No se merece usted a esa mujer que lleva a su lado. Tiene usted mucha suerte, aunque no lo parezca.

Alan me miró y yo le sonreí. Agradecí las palabras de Dana y aquel día hicimos lo que hace cualquier pareja. No se trataba de emprender grandes aventuras, sino de hacer cosas sencillas: pasear, almorzar, tomar café, una película, quizá.

Cuando llegó la noche y nos fuimos a la cama, Alan no tenía nada que ver con el hombre de la noche anterior, pero había que ser realista. Aquel día fue tan solo el inicio de una lucha que acababa de empezar para los dos.

Capítulo 3

Me desperté a la mañana siguiente y me extrañó no ver a Alan en la cama. No era fácil que se levantara, así que no entendía cómo no había notado ninguno de sus movimientos. Estaba agotada, sí, pero no creía que en coma para no enterarme de nada.

Me puse la bata y fui a buscarlo. Escuché ruidos en la cocina, un golpe y una serie de improperios y

me quedé en la puerta mirando. No pude evitar que una sonrisa se formara en mis labios.

—Joder, tampoco tiene que ser tan difícil — refunfuñaba —. A este paso no solo me cargo la taza, también la cafetera.

La taza de la que hablaba era lo que se había caído al suelo, estaba rota en decenas de pedazos, tan grande fue el golpe.

Alan miró malamente a la cafetera y la amenazó.

— ¿Ves esa taza? ¿La ves? Pues el mismo camino vas a seguir tú si no cooperas. Pero no por casualidad, no, si no porque voy a ser yo el que te voy a estampar contra el suelo si no me dejas preparar un jodido café — su voz iba subiendo de tono, cada vez más enfadado y no pude evitar soltar una carcajada. Alan giró la cabeza y me miró —. Lo siento, ¿te desperté?

—No — me acerqué a él y le di un dulce beso en la mejilla.

—Dakota, por Dios, que estás descalza — dijo escandalizado, ni cuenta me había dado.

Salí a coger mis zapatillas y cuando volví él miraba a la cafetera, estaba con los brazos cruzados, muy enfadado.

—Es una cafetera, Alan, no te entiende — dije divertida —. ¿Qué ha ocurrido aquí? — pregunté barriendo los pedazos del suelo.

—Quería un café — dijo derrotado.

—¿Y Dana?

—Me mandó un mensaje que llegaría un poco más tarde, tenía algo que hacer.

—Ya... ¿Por qué no me has despertado? —

intenté sonar normal, para que no se sintiera inútil.

—Es un café, Dakota, no tengo que depender de nadie para eso.

—Lo sé, Alan, y no lo harás. Pero no hemos acondicionado aún muchas cosas a tu situación. No te preocupes que lo haremos — terminé de recoger los pedazos y me acerqué a la cafetera —. ¿Nos lo tomamos juntos? — pregunté sonriendo.

Asintió con la cabeza, se fue al lado de la mesa y yo mientras preparé un buen desayuno. Cuando me senté a la mesa con él, con todo preparado, Alan me miró unos segundos.

—¿Estás bien? — pregunté, aunque odiaba hacerle esa pregunta.

—¿Cómo lo haces? — preguntó.

—¿Cómo hago el qué? — bebí un poco de café y le di un mordisco a la tostada.

—Esto, todo, no sé... Relajarme.

—No sé — me encogí de hombros —. Solo intento ver la parte positiva.

—¿Qué hay de positivo, Dakota? — no lo dijo mal, pero sí algo triste.

—Estás vivo, Alan, ¿no te parece suficiente?

—Prefiero no contestar a esa pregunta — y cogió su taza de café.

—¿Sabes qué fue lo que me gustó de ti? — pregunté un rato después, cuando el silencio se había adueñado de nosotros.

—¿Qué? — preguntó intrigado.

—Tu seguridad. Dulce a la vez que decidido.

—No puedo ser así ahora.

—Pero ya lo eres, porque por más que refunfuñes y te quejes, aquí estás. Intentándolo. Porque, por más que lo digas, no te rendirás. Y eso, Alan, es lo único que importa. Por eso estoy aquí. Porque, aunque tu futuro, que lo dudo, sea estar en esa silla, jamás te rendirás. Por eso y por tu cuerpazo de adonis, para qué voy a mentirte — dije poniendo cara de enamorada e intentando quitarle hierro al asunto.

—Si vieras mi cuerpo ahora... — resopló.

—Lo vi, en la ducha — puse los ojos en blanco —. Mierda, Alan, no sé cómo voy a mantener mis manos lejos de ti.

—No tienes por qué hacerlo — dijo volviendo a

ser el chico descarado de siempre, aunque ambos sabíamos que sí había que hacerlo, pero era bueno que empezara a tomarse las cosas con humor.

—No me lo repitas, o seré yo quien estampe todo contra el suelo, me abalance sobre la mesa y te viole.

La carcajada que soltó me llenó el alma. Así quería verlo, si tenía que ser una payasa para lograr que riera, lo haría.

—No sería violación, Dakota — seguía riendo.

—¿No? Pero si no te dejaría mover ni una pestaña.

—Tranquila que me dejo sin problemas — me guiñó el ojo.

—Lo tendré en cuenta esta noche — le saqué la

lengua —. ¿Qué te apetece hacer hoy?

—La verdad es que debería de hacer algunas cosas, desde el accidente he dejado todo de lado, pero ya me dirás tú cómo hago nada así — suspiró.

—¿Qué cosas?

—Tengo las propiedades abandonadas, pero no me apetece todavía ir a ver nada, tengo buena gente trabajando, me fío de ellos y me ponen al día.

—Pero pronto tendrás que volver a retomar todo eso.

—Sí, lo sé, pero aún no estoy preparado.

—OK, pues cuando creas conveniente. Pero algo tenemos que hacer, no podemos estar todo el día aquí metidos. ¿Y si comemos fuera?

—Dakota...

—Alan... — dije con firmeza, no iba a dejar que cada vez que avanzara un poco, empezara a recular de nuevo —. ¿Cuándo tienes la próxima visita médica?

—La semana que viene, estamos esperando los resultados de las últimas pruebas.

—Me parece bien, entonces voy a comprar los billetes.

—¿Billetes? — preguntó con la boca abierta —
¿Qué billetes?

—Los nuestros — yo ya había cogido la tablet, que Alan siempre tenía cerca, y entraba en la página a comprar los billetes.

—Los nuestros... Mira, más que loca, una cosa

es que yo te deje a tu bola, un poco al menos, pero esto... ¿Se te va la pinza? — preguntó muy serio y me hacía mucha gracia cómo usaba las expresiones españolas con ese acento inconfundible que tenía.

—Nos vamos de viaje — me encogí de hombros.

—Yo no voy a ir a ningún lado así — refunfuñó.

—Eso lo veremos, vikingo.

Me puse a mirar vuelos, salían caros pero me daba igual.

—Que no, Dakota.

—Alan, dame tu tarjeta de crédito.

—¿Que te dé qué?

—Tu tarjeta: Visa. Mastercard, lo que tengas.

—Ni de coña.

—¿No te fías de mí? — pregunté con la boca abierta.

—No en la manera en la que estás pensando, por mí te puedes fundir todo mi maldito dinero en lo que necesites. Lo que no te la voy a dejar es para que compres dos billetes en no sé ni qué medio a no sé ni qué lugar.

—Pues tendrás que hacerlo porque yo no tengo dinero para pagarlo. Y que nos vamos de viaje, nos vamos. Ah, y tu pasaporte, por si acaso.

Se me había ocurrido todo en un momento, no tenía planeado nada, tampoco sabía si estaba haciéndolo bien, pero como yo era de impulsos, era lo que había.

Íbamos a ir, quisiera o no.

—¿Pasaporte? ¿Adónde vamos? ¿Al Congo? — preguntó — Que estoy en silla de ruedas, Dakota, por si no te habías dado cuenta.

—Como si me dejaras olvidarlo alguna vez — suspiré —. Que nos vamos y punto. ¿Dónde están tus documentos?

—No lo sé.

—Mira, Alan, es por la mañana, no tengo ganas de discutir. O me lo dices o pongo la casa patas arriba, tú verás.

Alzó las cejas, como tentándome a hacerlo. Si se creía que iba a dar marcha atrás, la llevaba clara.

Me levanté con toda la calma del mundo, lentamente, puse las manos en la mesa y lo miré a los ojos.

—Alan... — le dije en modo de advertencia.

Cruzó los brazos, retándome de nuevo. Pero notaba una sonrisa en sus ojos, le estaba divirtiendo la situación.

—Como desees... — dije antes de salir de la cocina dispuesta a encontrar lo que quería.

Llegué al dormitorio y rebusqué en su ropa. La cartera no estaba, seguro que la llevaba encima. Pero en él rebuscaría al final, eso no me preocupaba.

—¿Qué haces? — preguntó al verme tirar ropa de los cajones, el pasaporte tenía que tenerlo en algún lado.

—Buscar tu pasaporte — otro chaleco salió volando.

—Claro, porque lo más normal es que esté entre la ropa — rio, creo que a su pesar.

Y yo no podía ser más idiota. Me levanté y salí corriendo a su despacho. Me puse a abrir cajones y a rebuscar. Me estaba pasando tres pueblos y lo sabía, pero ya la idea se me había metido en la cabeza, la única manera de olvidar el tema era cortándome la cabeza.

—Dios, me vas a desordenar todo — dijo como desencajado, maniático del orden modo on.

—Ya lo ordenarás, así no te aburres. ¿Dónde demonios tienes...? — me callé inmediatamente, agarré el librito y lo levanté triunfal — ¡Es mío! — chillé cuando lo tuve entre las manos.

—No voy a ir a ningún lado — seguía insistiendo él.

—Me falta la tarjeta — dije ignorándolo —, lo pagaría yo pero no tiene gracia, así que ve soltando la pasta, vikingo.

—No voy a darte nada, menos sin saber adónde vamos.

—Te vas a divertir.

—Claro que sí, inválido de vacaciones, planazo — dijo con ironía.

—Si mi madre te escucha decir eso en su presencia, te estampa una tortilla de patatas en la cara, así que ve controlando tu lengua.

—Tranquila, por ahora no me oirá.

—Por ahora... — dije por lo bajito — La tarjeta, Alan — me acerqué a él, dispuesta a rebuscar en su cuerpo.

—No — movió la silla de ruedas para atrás.

—Alan... — dije amenazante.

—Está bien, Dakota. Se acabó el juego. Te has divertido un rato poniendo todas patas arriba, pero ya no tiene gracia — yo me había sentado ya sobre sus piernas— . ¿Qué haces?

—¿Sabes que eres muy guapo? — pregunté de repente. Levanté una mano y acaricié su mejilla.

—Gracias — dijo desconcertado —. Tú también.

—Lo sé — sonreí —. Te echo de menos, Alan.

—Estoy aquí — el pobre no entendía a qué venía mi cambio.

Acerqué mi cara más a la suya, nuestros labios cerca.

—¿Puedo besarte? — susurré.

No contestó, fue él quien lo hizo. El beso fue

salvaje desde el principio, con deseo, rabia quizás.

Cuando nuestros labios se separaron, aparte de que la tontería me había dejado con un calentón increíble, sonreí triunfalmente. Me miró con el ceño fruncido, sin entender.

Levanté la mano lentamente, con su cartera en ella.

—¡Ya es mía! — grité antes de levantarme y salir corriendo a la cocina.

—Dakota, ¡te voy a matar!

—Sí, pero a besos, por Dios — dije casi gimiendo, sentándome de nuevo a la mesa de la cocina, la tablet delante de mí.

—¿Para eso me has besado?

Levanté la mirada y lo observé con el ceño fruncido.

—No digas estupideces, pero aproveché para conseguir lo que quería.

Entré de nuevo en la página web y preparé todo para irnos de viaje.

—Listo, tenemos que hacer las maletas — lo miré al terminar.

—No voy a ir a ningún lado.

—Y tanto que lo harás. Venga, hay trabajo por hacer. Tampoco necesitas mucho, solo nos iremos un par de días.

—¿Adónde?

En vez de responderle, cogí el móvil y llamé a alguien por teléfono.

—Hola, mamá, ¿cómo estás?

—Hola, cariño. Bien. ¿Cómo estás tú? ¿Y Alan?

—Pues yo feliz y Alan también después de lo que se acaba de enterar — dije riendo.

—¿Qué ocurrió? — preguntó mi madre, angustiada y emocionada.

—Mamá, ¿tienes mucho lío mañana por la tarde?

—No, como siempre. ¿Qué está ocurriendo. Dakota?

—Nada, solo que tienes que ir a recogernos al aeropuerto.

Miré la cara de Alan y vi cómo abría los ojos de par en par.

—¿Al aeropuerto? Pero cariño, ¿qué ha ocurrido?

—Que Alan está deseando conoceros. Estaremos unos días allí.

—¡Oh, qué alegría! — chilló ella.

—Mamá, para, me vas a dejar sorda. Nos vemos en unas horas. Te quiero.

Colgué el teléfono y miré a Alan.

—Estás bromeando, ¿verdad? — preguntó.

—No... Alan, nos vamos a mi casa.

Y lo dejé allí, con la cara de póker, y me fui a preparar las maletas. Estaba como una cabra, sí, y rezaba por estar haciendo lo correcto.

Capítulo 4

Cuando Dana llegó, yo ya tenía las maletas preparadas, fui a la cocina cuando la escuché.

—¿Qué le pasa hoy? ¿Un mal día? — preguntó

ella tras saludarme, refiriéndose a Alan, quien seguía de morros en el salón.

—Que nos vamos de viaje — dije como si nada.

—¿De viaje? — preguntó sorprendida.

Le conté lo que había pasado esa mañana y no se lo podía creer.

—Dakota, eres exactamente lo que necesita — dijo riendo.

—No estoy yo muy segura de eso, Dana. Pero soy así de impulsiva y cabezota. Y me tiene un poco hasta las narices cuando se pone pesimista y victimista, así que... Esta guerra no sé si la ganaré, pero que no sea por no luchar.

—Le va a venir muy bien un cambio de aires, aunque no quisiera estar en tu pellejo.

—¿Por qué?

—Primero consigue que se monte en ese avión, después que no se ponga más derrotista y lo tendrás hecho.

—Sé que no será fácil, pero tiene que entender que la vida sigue. No puede encerrarse porque esté inválido, es que aunque esté así de por vida, tiene que vivir.

—A mí no tienes que convencerme, Dakota. Si no a él.

—Como si fuera fácil.

—Bueno, ¿por qué no empiezas? Al menos para que se monte en ese avión sin tener que amordazarlo — me guiñó el ojo.

—No creo que sea para tanto, ¿no? — pregunté insegura de repente.

Dana se rio y yo salí de la cocina resoplando, a ver cómo seguía mi vikingo de humor tras la que le estaba liando yo en su vida.

Me senté en el sofá como quien no quiere la cosa. Nada, él seguía de brazos cruzados, con la cara de dos por dos, ni siquiera me miró.

—Alan...

—Déjame, Dakota.

—Vamos, cariño, no seas así.

—¿Que no sea así? Mejor déjame solo.

—No quiero. Estoy aquí precisamente para eso. Venga, nos divertiremos.

—Uy, sí. Qué diversión. En esta puta silla de ruedas, sin sentir mi cuerpo y así voy a conocer

a tus padres. Doce puntos, Dakota — dijo con ironía.

—¿No puedes olvidar esa puta silla de ruedas?

— empecé a enfadarme.

—¿¿Que la olvide?! ¿Puedes olvidarla tú? — empezó a chillar.

—¿Podría si no pensaras todo el jodido día en ella! — grité.

Mi enfado se había triplicado y sabía que tenía que tener paciencia con él pero joder, a mí se me agotaba si él todo lo pintaba negro.

—Estoy inválido, ¡inválido! Si lo que quieres es viajar y tener una vida normal, coge esa maldita puerta y vete, porque ¡aquí no la vas a encontrar!

Lo dijo con tanta rabia que me hizo sentirme mal.

—¿Es eso lo que quieres, Alan? — pregunté con toda la calma de la que fui capaz.

—¿Qué te vayas? ¡Sí! — dijo furioso.

Me tragué las ganas de llorar que tenía. Me levanté del sofá.

—Deseo concedido entonces — dije antes de salir.

Diez minutos después, estaba arreglada, con mi bolso colgado y diciéndole a Dana que volvería más tarde por mis cosas.

—¿Adónde vas? — preguntó Alan cuando me vio abrir la puerta.

—Fuera de tu casa, como me dijiste. Ah, y no te preocupes, quédate ahí, hundido en tu pena. Los demás no importamos nada.

Después de eso, di un portazo al irme. Al salir a la calle, caminé sin rumbo, intentando que se me pasara el enfado. Me senté en un restaurante y pedí algo de tomar, era la hora de comer pero yo tenía el estómago cerrado.

Cuando me pusieron el té en la mesa, me vine abajo. Comencé a llorar sin consuelo, sacando todas las emociones que tenía dentro.

—¿Está bien, señorita? — preguntó el camarero rato después, acercándose a mi mesa.

Afirmé con la cabeza, menudo espectáculo tenía que estar dando...

Estaba allí, sola, peleada con Alan y no sabía qué hacer. En esos momentos echaba tanto de menos mi vida...

Cogí el móvil y llamé a mi mejor amiga.

—Tienes suerte de que te haya podido atender, llevo un día de perros. ¿Cómo estás, amor? — preguntó nada más descolgar la llamada.

Yo no pude contestar, lloraba y lloraba.

—No me asustes, por Dios, ¿qué pasó?

Como pude, y Clara, con toda la paciencia del mundo, esperó hasta que le conté lo que había ocurrido con Alan.

—Tienes que entenderlo, Dakota, se te ha ido un poco la pinza.

—Lo sé, me precipité. Pero es que odio verlo sin ganas de vivir. Creía que estaba mejor, sé que me he pasado, pero solo quería hacerlo sonreír. Enseñarle que por estar en esa maldita silla, no tiene por qué dejar de vivir.

—Lo sé, cariño, sé que lo haces con buena intención. Pero ir a casa de tus padres... Perdóname, Dakota, pero a ver si controlas tus impulsos.

—Ya... No importa, se anulan los billetes y ya. Lo que me duele es su actitud. Me ha echado de su casa — dije tristemente.

—Estaba enfadado. No se lo tomes en cuenta, a veces tienes que ponerte en su piel también. Tiene que ser durísimo lo que está viviendo y ver cómo tú estás ahí, parando tu vida por él.

—Yo no estoy parando nada — dije con rabia.

—Soy yo, Dakota, no Alan. No me vendas la moto...

—Solo quiero que viva, sea como sea. Echo de menos al Alan que conocí.

—El Alan que conociste no estaba en una silla, inválido, con su vida jodida por ahora.

—¿Qué puedo hacer?

—Si de verdad estás decidida a ayudarlo, hazlo. Pero empieza a comprenderlo a él un poco también. Y, sobre todo, no te vengas abajo.

—Lo intento, pero a veces me puede todo.

—Normal, estás librando una batalla que en realidad no es tuya.

—Es Alan — dije como explicación, claro que lo consideraba mi batalla.

—Lo que quiero decir es que es su batalla, no la tuya. Tú tienes que ayudarlo y apoyarlo, porque lo has elegido, pero no impongas. Hay ciertos límites, Dakota.

—Tienes razón — suspiré.

—Me encanta que digas eso — bromeó —. ¿Dónde estás?

—Fuera, tomando algo.

—Entonces vuelve, habla con él. Si no está preparado para ciertas cosas, entiéndelo. No todos vamos al mismo ritmo, no por eso estamos equivocados. Él tiene una gran lucha, ayúdalo, pero compréndelo también.

—Gracias, Clara, no sé qué haría sin ti —
suspiré.

—Pues nada — bromeó —. Me llamas luego y me cuentas. Ahora ve y arregla las cosas. Debe de estar muy nervioso y no le viene bien.

—Vale. Te quiero.

—Y yo más.

Colgué, pagué la cuenta y me fui caminando. Pero aún no quise ir a casa de Alan.

El tiempo se me pasó sin darme cuenta, cuando decidí volver, ya había anochecido.

Llamé a la puerta con algo de miedo y Dana me abrió. Una sonrisa y un suspiro escaparon de sus labios. Sabía que no se iría hasta que yo volviera, mi intuición no falló.

—¿Dónde está? — pregunté tras cerrar la puerta.

—Encerrado en el dormitorio. No ha querido comer en todo el día.

—Ya...

—Y ha destrozado su móvil, de tanto escribirte y borrar los mensajes.

—Oh — dije sorprendida —. Pensé que no quería verme.

—Sabes que no es cierto. Está asustado y es

normal.

—Lo sé, me he pasado. Pero anularé los billetes y ya.

—No deberías de dar tu brazo a torcer ahora, pero solo es mi opinión.

—Gracias — le di un beso en la mejilla —, vamos a ver si no salgo en unos minutos con la maleta en las manos — dije pensando en cómo estaría él y cómo actuaría al verme.

—Ay, chica, no tienes ni idea de nada — rió.

—¿Qué quieres decir?

—Sería idiota si te deja escapar — dijo Dana antes de irse a la cocina de nuevo —. Os dejo la cena y me marchó. Ya me avisas qué ocurre y cuándo vuelvo.

—Gracias...

Cogí aire y entré en el dormitorio. Estaba recostado en la cama, con los ojos cerrados.

—¿Vienes por tus cosas? — preguntó Alan sin abrir los ojos.

—No quiero incomodarte con mi presencia — no quería discutir, sabía que Clara tenía razón, pero no pude evitar hacer el comentario.

—¿Sabes qué me gustaría?

—¿Qué? — me acerqué hasta chocar con la cama. Alan abrió los ojos y me miró.

—Verte feliz.

—Alan... — me tumbé en la cama y lo abracé, emocionada.

—Tienes que entender que aquí, conmigo, no lo serás — dijo mientras hacía que me separara de él —. Tienes que vivir, Dakota.

—¿Por qué no puedo vivir estando a tu lado?

—¿Qué vida te puedo ofrecer yo?

—Tú no tienes que ofrecerme nada, solo te quiero a ti. Lo demás... Lo afrontaremos juntos.

—Eso dices ahora, pero todo esto te superará.

—Pues no lo sé, Alan — dije con sinceridad —. Pero ahora quiero estar aquí. No quiero separarme de tu lado. Quiero luchar a tu lado.

—No es justo...

—No, pero la vida no lo es. Es tu decisión, Alan, yo quiero quedarme, ¿pero qué quieres tú?

—Me gustaría no ser egoísta...

—¿Por qué dices eso? — pregunté extrañada.

—Porque por más que sepa que no debes estar aquí, por más que sepa que esto no es lo que te mereces, yo, en el fondo, no quiero perderte — dijo emocionado.

—Oh, Alan, no vas a perderme — empecé a llorar.

—Lo haré, Dakota, lo sé. Nadie aguanta esto — repitió—. Pero estas horas que has estado fuera...

—¿Sí? — insistí cuando se calló.

—Casi me vuelvo loco, antes me costaba estar separado de ti y me moría cada segundo que no te tenía, estar haciendo lo correcto no ayudaba, y ahora... Es horrible pensar que voy a joder tu

vida. Que quizás yo nunca me levante de esta silla, pero te necesito cerca.

—Oh, Alan...

Volví a abrazarme a él mientras las lágrimas corrían por mis mejillas. Lo adoraba y no iba a dejarlo solo.

—Dakota — cogió mi cara entre sus manos—, al menos ahora voy a intentarlo, a ver qué dicen los doctores y ya decidiremos. Pero el tiempo que estés conmigo, vas a ser feliz.

—Eso es lo único que necesito.

—Y yo te necesito a ti. Así que si tengo que ir en ese avión para demostrarte que pondré de mi parte...

—No, no. Alan, lo siento, no debí hacerlo. Anulo los billetes, no quiero que te sientas mal.

—Me sentiré mal porque tus padres me conozcan así, tú mereces algo mejor.

—Yo soy quien decide a quién merezco, no tú.

—Lo sé... Por eso, si de verdad quieres, si eso te servirá de algo, mañana cogemos ese vuelo.

—¿Estás seguro?

—No, de lo único que estoy seguro es de que no quiero perderte. Que no puedo perderte ahora...

Acarició mis labios con sus pulgares y terminó de acercarse para besarme. Fue un beso dulce, de esos que tanto había echado de menos.

—Gracias, Dakota — dijo al separarse de mí.

—¿Por qué?

—Simplemente por estar — vi las lágrimas también en sus ojos.

—Mientras me quieras, estaré.

—Entonces no te irás nunca...

Volvió a besarme y nos separamos cuando estábamos sin respiración.

—Bueno, vikingo, vamos a cenar algo que tengo un hambre horrible — eso y que o cortaba ese momento o me iba a poner cardíaca—. Y mañana tenemos un vuelo que coger.

—Me asusta... — lo miré y sonrió— Pero lo haremos.

Sonreí ampliamente y me levanté a preparar la cena. Devoramos la comida del hambre que teníamos los dos.

Dejando ya todo listo, avisé a Dana, quien se

alegró mucho de que nos fuéramos. Llamé a mis padres y quedé con ellos para el día siguiente.

Alan y yo nos acostamos pronto, en pocas horas iríamos al aeropuerto. Y conocer a mi familia era toda una aventura, así que teníamos que estar descansados.

Me dormí abrazada a él, rezando para no haber metido la pata y que ese viaje le ayudara.

Haría todo lo que fuera por hacerlo feliz.

Capítulo 5

Después de muchos miedos, ya estábamos en el aeropuerto, le ayudaron a subir hasta el avión y a pasarse al asiento, sabía que era un momento muy incómodo y que tenían que ayudarlo para hacer eso, yo intentaba aparentar normalidad, estaba nervioso, muy nervioso, era una situación un tanto incómoda para él.

—Vamos juntos para España — dije agarrándole la mano.

—No sé si reír, matarte o cuando llegue a España volverme en el próximo avión — dijo mientras negaba con la cabeza.

—No seas tonto, verás que somos una familia muy normal.

—El único que no soy normal soy yo...

—No empieces con tus estupideces — Dije enfadada.

—No sé si me llegas a entender, pero todo esto es muy difícil para mí.

—¿No me digas? — pregunté con ironía. —no sé ya cómo decirte que tienes que enfrentarte a todos tus miedos y empezar a luchar por ti y las personas que como yo te queremos.

—Prometo que lo haré, pero déjame asimilar todo poco a poco, no es fácil créeme.

—Pues claro que no es fácil, nada lo es en esta vida, pero para eso tenemos la posibilidad de luchar por los sueños y por conseguir todo lo que nos propongamos, por lo menos intentarlo.

—Bueno, intentaremos pasarlo lo mejor posible

— dijo justo en el momento que el avión estaba despegando.

Se quedó dormido todo el vuelo, yo no paraba de mirarlo y a veces derrame alguna que otra lágrima al sentir que para él ya nada era lo mismo, quería que volviese a luchar y sobre todo que no se dejase vencer por los miedos que le rondaban en su cabeza.

Justo cuando íbamos a aterrizar el se despertó, una sonrisa iluminó su cara.

—Sí, ríete, menuda sobada te has metido.

—Estaba pensando....

—Sí, claro, sobre todo pensando — solté una carcajada que se debió de escuchar en todo el avión

Cuando salió todo el mundo, vinieron a por él, fuimos a por las maletas y salí hacia fuera junto a

él y vi a mis padres que nos esperaban con una gran sonrisa.

Se los presente y el pequeño Eric que ya me había comido a besos se sentó en la falda de Alan, iba flipando, salimos de la terminal y nos montamos en la monovolumen de mi padre, menos mal que era amplio y cabía perfectamente la silla.

Mi padre paró en una freiduría y compro un surtido de pescado frito, así que ya llevábamos la cena lista para casa, Alan no paraba de decir que olía que alimentaba, la verdad es que era uno de los mejores lugares para comprar pescado frito. Eric no paraba de hacerle preguntas a Alan durante todo el camino, habían cogido una complicidad súper fuerte, me lo imaginaba siendo padre y era un tipo muy divertido, bromeaba mucho con el pequeño.

Llegamos a casa y dejamos las cosas en mi habitación, ya había advertido a mi padre que íbamos a dormir ahí, además que yo disponía de una cama nido o sea que sacaba la cama de abajo hacia arriba y se quedaba pegada junto a la mía.

Fuimos al salón, mi padre ya tenía la bandeja de pescado preparada, nos sentamos a comer y Eric tuvo el golpe más grande del mundo.

—Alan, tú nunca te cansas, ¿verdad? — pregunto ante la cara de asombro mía y de mis padres.

—Vaya pregunta — dijo mi madre

—No pasa nada. Eric si te cuento un secreto, estar en una silla cansa mucho — dijo guiñando un ojo al pequeño.

—Pues cuando mi madre me lleva andar por toda la calle de paseo yo me canso mucho — dijo el pequeño ajeno a todo

—Claro, todo cansa, pero es precioso poder andar.

Mi padre cambió el tema rápidamente, se noto a

leguas, empezó a hablar de fútbol, un rato después de cenar y de tomar un licor, nos despedimos y nos fuimos a la habitación.

—Qué gran familia tienes, Dakota...

—Cásate conmigo y será la tuya también — dice bromeando.

—Me casaría ahora mismo, pero primero quiero luchar y darte todo lo que te mereces.

—Estar a tu lado es el mayor premio, no se te olvide, pero me encanta esa actitud de que quieras luchar y salir adelante e intentar todo lo que esté en nuestras manos.

Prepare las camas y lo ayude a acostarse, me puse junto a él y me tire en su pecho mientras tocaba mi cabello, así caímos rendidos de ese día tan intenso.

Por la mañana cuando abrí los ojos ya estaba despierto, me dio los buenos días con un buen abrazo y muy cariñosamente y de repente llamaron a la puerta, nos entró la risa pues sabíamos que era Eric, quién entro seguidamente y se tiró en medio de nosotros dos.

—Quiero que desayunes conmigo, mamá me está preparando un Cola cao.

—Qué rico, yo quiero otro — dijo Alan poniéndose a su altura.

—Pues vamos, que mamá seguro que te prepara uno.

Puse la silla al lado de la cama y Alan se puso en ella rápidamente, la verdad es que estaba fuerte y no era tan torpe como parecía en esos momentos. Mis padres estaban en la cocina, nos esperaban con una gran sonrisa, mi madre hizo tostadas para todos, yo me tomé un buen café y Alan se tomó un

Cola cao con el pequeño.

Después del desayuno me fui con Alan a la calle, quería que conociese mi ciudad, esa Málaga tan conocida para muchos pero no tanto para otros, así que nos fuimos al centro a tapear y tomar algo por la ciudad, además que entramos a varias tiendas y compramos un poco de ropa y algún complemento. Aprovecho para comprar un móvil ya que había partido el suyo e iba con uno antiguo, al final terminó sacando dos, me regaló otro y yo iba flipando pues nunca había tenido uno tan caro, era increíble a la velocidad que iba, iba como las niñas chicas sacando fotos y mirando todas las páginas.

Un rato después aparecieron mis padres con el pequeño, y terminamos comiendo en un restaurante frente al mar, el pequeño no paraba de jugar en la arena y de decir que quería darse un baño, el tiempo ya lo permitía pero no llevábamos ropa para cambiarlo y ni siquiera una toalla para secarlo, al final se puso tan cabezón que mi padre lo tuvo que llevar a la orilla y darle un baño, luego

vino todo mojado diciendo que tenía frío, ante el ataque de risa que teníamos todos.

Mi padre y Alan comenzaron una guerra de vinos que acabo bien tarde y al final el resultado era mi madre conduciendo el coche y ellos dos descojonados de la risa dentro de él, yo me tenía que reír de lo lindo, pues esa situación era la que quería, verlo disfrutar como antes lo hacía.

En casa cenamos una ensalada y nos acostamos rápido ya que estábamos reventados del día que habíamos echado por la ciudad y en la habitación nos pusimos a ver una película, hasta que nos quedamos dormidos.

Por la mañana cuando despertamos ya estaba el pequeño entrando en la habitación y diciendo que mi madre se iba, salí a despedirla, mi padre ya se había ido a trabajar, el día anterior se la habían cogido de asuntos propios.

Nos quedamos con el pequeño Eric, era última semana de colegio, pero quería estar con nosotros un día más, así que mi madre lo dejó faltar y que

pasase el día paseando con nosotros.

Después del desayuno, volvimos a irnos a la calle, fuimos a un parque a tomar un café mientras el pequeño jugaba, Alan no paraba de sonreír con él, decía que era el niño más entrañable que había conocido.

A la hora de la comida fuimos para una tasca que habíamos quedado con Clara, estaba muy contenta de poder conocer al hombre que había cautivado mi vida.

—Menos mal que la desgraciada está me presenta a su chico — dijo acercándose hacia nosotros y dándole dos besos

—Ya sabes quién es, mi amiga la borde — dije muerta de risa.

—Vaya dos — respondió Alan mientras Clara se comía a besos al pequeño Eric.

Pasamos todo el día con ella, por la noche regresamos a mi casa y cenamos con mis padres, cada vez veía más animado a Alan y sobre todo más involucrado en las conversaciones, antes todo era negativa y ponerlo todo muy oscuro.

Los dos siguientes días lo pasamos por la ciudad y por las tardes nos encontrábamos con mis padres y cenábamos con ellos, estaban encantados de haber conocido a Alan y me cogieron en más de una ocasión a solas y me dijeron que luchaste por él, que era una persona que merecía la pena.

Era sábado por la mañana y estábamos desayunando en la cocina antes de que nos llevasen al aeropuerto, Alan dijo algo que me sorprendió y me hizo mucha ilusión.

—Espero que vengáis a vernos Ámsterdam, allí tenéis una casa, estaré encantado de enseñaros la ciudad.

—Prometemos ir, más aún si esta no vuelve para acá —dijo mi padre sonriendo mientras me

señalaba.

—Espero que no me echen de allí papá — dije sacando la lengua.

—Jamás te echaría, pero siempre cabe la posibilidad de que salgas escopetada de vuelta España por no aguantar esta situación — dijo señalando la silla.

—Te he dicho que te vas a levantar de ella, deja de ser negativo y espera a que te den los resultados y cualquier esperanza que haya vamos a ir a por ella.

— Por supuesto.

—Yo no soy nadie para aconsejarte Alan, pero si para desearte que tengas toda la paciencia del mundo y luches por lograr volver a levantarte de esa silla — dijo mi padre

—Eso haré, solo por ella, merece la pena luchar.

—Y por ti, no se te olvide, hazlo también por ti
— dijo mi madre.

Nos llevaron al aeropuerto y nos despedimos, prometimos a mis padres mantenerlos informados de todo y que cualquier cosa que necesitáramos se lo diríamos, ya que al entrar en verano ellos disponían de vacaciones, podrías venirte a Ámsterdam a echarnos un cable en lo que necesitásemos.

El vuelo fue perfecto, Alan parecía otro después de estar en España, se sentía más seguro y no paraba de hablar de mi familia, pero sobre todo de Eric, ese que le había robado el corazón.

Capítulo 6

Cuando entramos en casa de Alan, lo hicimos diferente. Nuestra estancia en España nos había servido para mucho más de lo que yo misma pensaba.

Alan no solo vio cómo mis padres lo apoyaban en todo, si no que se sintió uno más, ellos le dieron toda la normalidad del mundo a verlo en ese silla. Sobre todo Eric, quien no se separaba de él. Llegué feliz, agradecida con mi familia. Sabía que Alan sentía lo mismo y, aunque se había sorprendido por todo, más por comerse la cabeza pensando que lo tratarían diferente que por otra cosa, llegaba con una sonrisa en los labios. Ya después me encargaría de deshacer las maletas y

de la ropa.

—Deja de pensar en la ropa ahora — dijo leyéndome la mente—, ya lo hará Dana mañana.

—No me importa hacerlo y no quiero darle más trabajo.

—Estás cansada.

—Sí, de estar sentada en un avión — bromeé. Pero lo estaba, viajar agotaba a cualquiera.

—Pues yo quiero pasar lo que queda de día de relax, y tú vas a quedarte conmigo, sin moverte. ¿Mejor así?

—A sus órdenes, mi vikingo — reí.

Alan dejó su taza de café sobre la mesita y le dio al botón del contestador automático del teléfono de casa. La luz verde parpadeaba con mensajes sin

leer.

“Alan... Soy el doctor Andrew. Hablé con su asistente y me dijo que estaba de viaje. No se preocupe, no es para nada malo. Simplemente que las pruebas que esperábamos llegaron antes de tiempo y pensé en adelantar su cita conmigo. Pero ya me comentó ella que volverá a tiempo para la cita que teníamos planeada, así que nos vemos entonces. No falte. Un saludo.”

Nos quedamos los dos extrañados, ya nuestras mentes, sin duda, empezaban a divagar con decenas de ideas.

—Ah, no, Alan, cambia esa cara — dije cuando vi la preocupación en su mirada.

—Esto no me gusta, algo tiene que haber mal.

—O no, algo está mejor, ¿por qué eres tan negativo?

—¿Para qué me llamaría si no?

—Tal vez por lo que él mismo te ha dicho, que las pruebas llegaron antes de lo esperado y quería adelantarte la cita. Deja de malpensar.

—No es malpensar, Dakota, pero mírame...

—¿Qué? ¿Un guaperas en silla de ruedas? — dije riendo.

—Deja de bromear. Algo hay mal, seguro.

—Mierda, Alan, no — me levanté enfadada hacia el dormitorio y me siguió —. Eres un paranoico.

—Puede ser...

—No, claro que lo es. Te ha dicho que no te preocupes, no lo hagas. Así que por favor, deja

de pensar en eso hasta mañana — encendí el grifo de la ducha para tomar una.

Me desnudé delante de él y entré. Sin vergüenza en ese momento. Quería que dejara de pensar en cosas negativas, pero mi mente también había empezado a hacerlo.

Eso o el miedo a que de verdad las noticias fueran malas.

Cuando salí del baño, lo vi en el salón con la misma cara de preocupación.

Intenté, por todos los medios, hacerle reír, que no pensara, pero entendía que su mente estuviera bloqueada.

Nos costó conciliar el sueño y noté cómo Alan apenas descansó esa noche.

A la mañana siguiente, llegamos pronto a la consulta del doctor. No nos hicieron esperar mucho, la enfermera nombró a Alan cuando no llevábamos allí ni diez minutos.

Entramos y tomé asiento, Alan, en su silla, a mi

lado.

—Alan... — saludó el doctor y a mí me obsequió con una sonrisa.

—Doctor... ¿Todo bien? Me preocupó su mensaje — reconoció mi vikingo.

—Oh, lo siento, no era mi intención — se disculpó el hombre —. Simplemente me llegaron los resultados antes de lo que esperaba y pensé en adelantarle la cita. Su asistenta me dijo que estaba de viaje. Solo dejé el mensaje como recordatorio de que nos veríamos hoy. Suelen hacerlo las enfermeras, para confirmar la asistencia de los pacientes, pero me tomo su caso bastante a pecho y lo hice yo.

—¿Ves? — le pregunté a Alan, el doctor rió.

—No fue mi intención asustarlo, discúlpeme — volvió a decir el médico y negamos con la

cabeza, olvidando ya ese susto —. Como les decía, aquí están los resultados.

Sacó radiografías y decenas de pruebas de una carpeta con los datos de Alan y las colocó frente a nosotros.

—No entiendo nada — dijo Alan mirando todo.

—Ya, imagino. Mira, Alan, cuando se le dijo que había posibilidades de varias cirugías y mucha terapia para que recuperara la movilidad, no se le habían hecho muchas pruebas necesarias.

—¿Quiere decir qué...? — Alan ya había perdido todo el color, pensando lo peor. Y joder, yo también.

—Déjeme terminar — sonrió el doctor —. Pedí que se le hicieran pruebas de más porque necesitaba cerciorarme de algo antes de ofrecerle un diagnóstico más seguro.

Y me he alegrado mucho de que se diera lo que esperaba.

Podemos operarlo la próxima semana, no hay que esperar más. Es una cirugía relativamente nueva pero que ya he practicado antes.

El proceso de recuperación es más o menos de una semana en el hospital, es doloroso y usted va a tener que poner mucho de su parte, no va a ser sencillo. Pero esta cirugía aumenta bastante las posibilidades que tiene de volver a caminar.

—Oh... — las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos por lo que estaba oyendo.

—¿Volveré a caminar? — preguntó Alan.

—Las posibilidades de recuperación son altas, pero también le digo que el proceso es muy duro.

Le va a doler, a veces querrá abandonar si cree que no logra los resultados.

Yo no puedo decirle cómo quedará, depende

de muchos factores, lo máximo que puedo decirle es lo que le estoy contando, que hay muchas posibilidades de que recobre la movilidad y que, si firma, la semana que viene está en quirófano.

Alan afirmó con la cabeza, sin dudarlo.

—¿Dónde hay que firmar?

—Alan... Va a ser duro, tiene que ser fuerte para lo que viene — dijo el doctor.

—Si hay posibilidades de que vuelva a caminar, doctor, haré lo que sea.

Ese era el hombre al que adoraba.

El doctor le entregó los papeles y le dijo que nos informarían por teléfono del día y la hora en la que ingresaría.

Nos despedimos de él y salimos de allí en silencio. Y en silencio llegamos de nuevo a casa.

—Dijo que hay posibilidades, ¿verdad? — preguntó Alan cuando nos sentamos a tomar un tentempié.

—Cariño, estoy segura que todo va a ir bien — me emocioné de nuevo.

En ese momento llegó Dana, se preocupó al verme llorando.

—Ay, Dios, ¿qué dijo el doctor? — preguntó preocupada.

—La semana que viene me operan — dijo Alan.

—¿Ya? Pero eso es bueno, ¿no? — preguntó ella de nuevo.

—Sí — sonrió él.

—¿Y por qué lloras? — me preguntó

acercándose a mí, agarrando mi mano.

—El doctor nos ha dado muchas más esperanzas que antes — explicó Alan.

—Oh, pero eso es muy bueno — Dana soltó mi mano y fue a abrazar a Alan, después volvió a mi lado y me abrazó a mí —. ¿Ves, mi niña? Mira su cara — señaló a Alan y lo miré —, eso es lo que necesita, la esperanza, la que tú le devolviste.

—Yo no hice nada — seguía llorando, el corazón lo tenía a encogido.

—Tú lo has hecho todo — dijo Alan emocionado, haciéndome señas para que lo abrazara.

Me levanté corriendo y me senté en sus rodillas, un poco más y lo dejo sin poder respirar de la

fuerza con la que lo estaba apretando contra mí. Permanecimos así unos minutos, sin importarnos que Dana siguiera allí. Estaba tan feliz por Alan...

—Esto hay que celebrarlo — dije al separarme —, así que todos a comer fuera.

—Pero bueno, ¿tú y descansar sois compatibles? — refunfuñó Alan con una sonrisa en los labios.

—Cuando te levantes de esa silla, que no tengo ninguna duda que lo harás, cualquiera te sigue el ritmo. Solo estoy entrenando para cuando llegue el momento.

—Cuando me levante de esta silla... — empezó Alan y se calló de repente.

—¿Sí? — pregunté.

—Tápate los oídos, Dana — dijo él pero ella lo ignoró —. No vas a salir de la cama en semanas

— dijo mirándome a los ojos.

Dana se rió a carcajadas y yo con ella. Ojalá todo fuera bien y volviera el Alan que yo conocí. No por el sexo, que también era una parte importante, si no por esa alegría de vivir que tenía y que era contagiosa.

No el hombre que, por circunstancias de la vida, era últimamente.

Y yo no iba a separarme de él en ningún momento, quedase como quedase al final, siempre que él me permitiera estar a su lado.

Había que ser optimista, todo saldría bien.

Pasamos los siguientes días nerviosos, no hablábamos de la operación pero no hacía falta, nos leíamos muy bien.

Y la semana se estaba haciendo horrorosamente larga.

Mis padres llamaban a diario, se alegraron cuando supieron lo de Alan y les entristeció no poder estar

con nosotros, pero sabía que ese día, aunque fuera en la distancia, no estaría sola.

Todos estarían pendientes a Alan. Y a mí.

Era la noche antes a la operación. Alan y yo casi no habíamos cenado, teníamos el estómago cerrado por los nervios.

Nos acostamos pronto en la cama y pusimos un documental en la televisión, pero no nos concentrábamos en nada.

—Todo va a salir bien — agarré la mano de Alan y le di un apretón.

—Tengo miedo, Dakota — reconoció.

Lo miré a los ojos y sonreí.

—No serías humano si no lo tuvieras. Pero también sabes que hay esperanzas y eres un luchador. No vas a rendirte y vamos a tener fe en que todo irá bien. Porque lo irá, no puede ser de

otra forma.

—¿Por qué eres tan optimista? — bromeó.

—¿Te cuento un secreto?

—Claro.

—Soy la persona más pesimista del mundo — dije riendo.

—No me creo eso — sonrió.

—Es cierto, Alan. Pero supongo que por fuera no se nota, o yo intento que no se note. Solo Clara me conoce bien en eso — sonreí al acordarme de mi amiga.

—¿Entonces dices las cosas por animar? ¿Eso haces conmigo?

- No, si no creyera en ti, no te lo diría. Si no creyera que hay posibilidades de que camines,

no lo diría. Pero contigo, desde el principio, sé que será así. Así que no tengo que fingir.

Me miró un poco incrédulo.

—Es cierto — continué —. No voy a decirte que nunca tuve miedo o que dudé de todo, incluso de que sintieras algo por mí. Pero es que la posibilidad de que te quedes toda la vida postrado en esa silla... Nunca ha existido. Ha pasado un par de momentos, por algunos segundos, por mi mente. Pero fue fugaz. Y se fue tal como llegó.

—Crees demasiado en mí — dijo alucinado.

—Sí, Alan, y tú mismo sigues sin creer en ti.

—No es fácil cuando...

—Calla. Ya sé lo que vas a decir. No es fácil cuando estás pasando por eso. Pero tampoco es

fácil cuando la persona a la que adoras está viviendo eso y tú no puedes ayudarla.

—¿Crees que no me has ayudado? Dakota, si no fuera por ti, yo ni siquiera me habría operado.

—No digas eso...

—Digo la verdad. Intenté echarle, estaba seguro de que te cansarías. A veces, pensando en todo lo que está por venir, creo que lo harás y que te irás.

Pero me has demostrado tanto...

—Solo intento que veas lo que siento por ti.

—Y yo solo te he dado problemas...

—No, Alan, me das más de lo que crees. Pero en tu situación no lo ves.

—Quiero que seas feliz.

—Entonces lucha, luchemos juntos. Y no me eches de tu lado, pase lo que pase...

—Dios, es que te adoro.

Me besó con toda esa adoración que decía sentir por mí, me abracé a él y cerré los ojos.

En pocas horas comenzaría todo y tenía que ser fuerte para estar junto a él. Porque todo iba a salir bien, no podía dudar de eso.

Capítulo 7

Habíamos llegado.

Éramos un manojo de nervios. Pero teníamos que hacer frente a esa situación tan dura a la que el destino nos había enfrentado. Alan podría volver a caminar si la operación era un éxito.

Nunca me he considerado una mujer religiosa, pero, creedme, me puse a rezar. Me puse a rezar con la torpeza de quien no lo ha hecho nunca. Qué razón tenía mi padre cuando decía que la salud es lo más importante.

Había esperanzas. Había esperanzas en que Alan se recuperara del todo, que volviera a ser ese hombre que conocí por casualidad en Ámsterdam. El Hospital Saint James era el mejor hospital privado de la ciudad. Alan estaba en buenas manos. Lo iba a operar uno de los mejores equipos

médicos que existían a nivel europeo. El Dr. Andrew se había interesado por el caso de Alan, como había hecho anteriormente con otros pacientes que presentaban los mismos daños que mi vikingo.

Me quedé con la boca abierta cuando entré al hospital con Alan. Nunca había visto unas instalaciones tan modernas dentro de un sanatorio. Recordaba a uno de esos hospitales que vemos en series americanas como Anatomía de Grey o House. Parecía más un hotel de lujo. Saint James no tenía nada que ver con algunos hospitales que yo había conocido, donde los pacientes se hacían en los pasillos a la espera de que los atiendan o donde las urgencias no dan abasto porque falta personal.

Alan fue conducido en una camilla hasta su habitación. Apenas tuvimos tiempo de intercambiar algunas palabras.

¿Qué se puede decir en esos casos? Sabía lo que se jugaba y yo también sabía lo que me jugaba, porque quería que Alan volviese a respirar. ¿Qué

significa eso? Quería que volviese a ser feliz, porque, pese a su esfuerzo y el mío por desdramatizar aquel revés de la vida, en el fondo, no lo era.

Se lo llevaron dos enfermeros a los pocos minutos. Iban a prepararlo para la operación. En aquel instante, sentí que lo perdía. Me mantuve firme y no lloré. Pero, en su rostro, sí que pude ver un gesto de fatalidad, una risa falsa que escondía una pregunta: ¿Saldré de esta? Y así fue que Alan desapareció delante de mis ojos.

Me senté en el sofá a esperar.

No quería hablar con nadie. No quería llamar a nadie. De hecho, a pagué mi móvil. Ni siquiera tenía ganas de conversar con mis padres. Quería solamente quedarme allí con mi silencio, refugiarme en aquella soledad que me proporcionaba el espacio vacío de una habitación en la que, minutos antes, había estado Alan. Ahora podía ponerme a llorar sin temor a que me viera, pidiendo a Dios que todo pasara rápido, que aquella maldita pesadilla finalmente se esfumara

como una nube de polvo.

Mientras guardaba ese silencio de reflexión y de recogimiento, apareció un médico con pelo canoso y rostro amable. Leí enseguida en su bata: Dr. Ernst Andrew. Me emocionó verlo. En aquel hombre teníamos depositadas todas nuestras esperanzas. No había otra verdad que esa.

Hablaba un inglés que me resultó fácil de entender. No tenía ese acento típico del que lo ha aprendido como una segunda o tercera lengua. Era un acento refinado y me dijo con tono afable que haría todo lo posible por Alan.

Me dijo, además, que tuviera fe. Me resultó curioso que un hombre de ciencia pronunciara esa palabra. La amabilidad con la que se refirió a mí y aquel detalle de venir a visitarme me dieron alas para creer con más fuerza.

Ahora que me dispongo a recordar los instantes más emotivos, recuerdo el miedo, el miedo que pasé cuando todavía no sabíamos si era posible que él volviese a caminar. Hacía mucho tiempo que no lo recordaba afortunadamente. Qué

facilidad tiene nuestro cerebro para olvidar aquello que más daño nos hace.

Sí, en efecto, el cerebro olvida de la misma forma que recuerda. Y, cuando hay esperanza, también el miedo resurge como una voz interior que nos advierte de que quizá las cosas no van a salir como tú esperas. Que no es bueno que comiences a relajarte, a mirar las cosas con calma, que el peligro subsiste en cada momento, por muy bien que vayan las cosas.

Qué duro fue vivir todo aquello. Si era duro ver a Alan inmóvil en una cama, en casa, más duro era verlo allí, en aquella cama de hospital, por muy comfortable que fuese aquel sitio.

Miré el reloj.

El Dr. Andrew se había marchado y sentí que el tiempo se detenía. Alan estaba en las manos de aquel hombre que había manifestado que la fe siempre ayuda y que yo tenía que confiar en su profesionalidad y en la de su equipo.

Permanecí sentada en el sofá. Cerraba los ojos, pero tenía que abrirlos porque enseguida

recordaba escenas de aquel Alan que, con vigor y fuerza, corría y caminaba. Recuerdo que, en uno de esos momentos en los que permanecí con los ojos cerrados, lo vi volar y que yo volaba junto a él, como si fuésemos Superman y Louis Lane.

Era el vértigo de la espera. No fueron dos horas dentro del quirófano, ni tres, ni cuatro. Fueron ocho horas. Durante todo ese tiempo, pude hablar con mis padres y con Clara. Estaban tan nerviosos como yo. Aunque parezca mentira, Alan era muy importante para ellos porque Alan era mi felicidad. Así me lo dijo mi madre mientras mi vikingo estaba siendo operado por el Dr. Andrew.

—Dakota, sé que no vas a creerme.

—¿Qué pasa, mamá?

—He soñado con Alan esta noche. Creía verlo frente a mí y te vi junto a él. Erais muy felices — dijo con voz temblorosa, a punto de echarse a llorar.

—Mamá, ¿por qué me cuentas eso?

—No lo sé. Pero debía hacerlo. Me he dado cuenta de que ese hombre significa mucho para ti. Eres muy valiente. Estoy muy orgullosa de la hija que tengo.

—¿Por qué lo dices, mamá?

—Porque estás al lado de una persona que necesita a otra desesperadamente. Estás al lado del débil.

—Mamá, Alan no es un hombre débil. Si la operación no saliera bien, nada cambiaría las cosas. Alan me importa de veras y seguiría a su lado.

—¿Sabes cómo se llama eso, Dakota?

—Lo sé, pero no quiero pronunciar esa palabra

ahora.

—¿Te puedo confesar una cosa, mamá?

Al otro lado del teléfono, se hizo un silencio.

Nadie parecía responder. Imaginaba a mi madre, al lado de mi padre, conteniendo las lágrimas.

—Dime, hija.

— He rezado por Alan. He rezado. Fue una acción espontánea. No sé rezar. Nunca me enseñaste, pero sé que he rezado.

— Cuando uno lo necesita, las oraciones surgen y no se trata de saber o no saber, sino de sentirlo con el corazón.

Me tomé varios cafés durante esas horas. Compré revistas y libros. Estaba desesperada. Visité todas las plantas del hospital. Fui a neonatos y puede ver a algunos bebés recién nacidos. Qué sensación

más extraña. Mientras Alan y otros enfermos luchaban por su vida, allí estaban todos esos retoños, lozanos y rosados, que acababan de nacer. Conté mis pasos mientras recorría los pasillos. Parecía un zombi. Leí todos los carteles informativos que estaban colgados de las paredes. No sabía cómo matar el tiempo, el tiempo de una espera que me estaba asfixiando. Nadie decía nada. Pregunté a las enfermeras en varias ocasiones, pero todas me decían lo mismo: “No debe impacientarse. No es una operación fácil”. Me eché en el sofá de nuestra habitación después de estar varias horas buscando la manera de no pensar en la gravedad de aquella situación, en lo que se estaba jugando Alan en ese momento. Solamente pensaba en que, si no salía con éxito de aquella intervención, ¿quién iba a hacer resurgir a ese hombre? ¿Qué iba a suceder con Alan si no había ninguna posibilidad más de poder recuperarlo, de lograr que volviese a caminar? Después de más de siete horas, mientras yo dormitaba en mi sofá, mirando los árboles de hoja

caduca que cimbreaban sus ramas en el patio a causa de una brisa suave, apareció el Dr. Andrew y algunos miembros de su equipo.

Temblé al verlos. No sabía qué demonios preguntar.

— Tranquila, señorita, venimos a darle buenas noticias — dijo el doctor sin que yo le preguntase.

Miré a la ventana de nuevo en ese instante. Los árboles oscilaban. Una señal. Un buen augurio del propio viento, pensé.

—¿Cómo está Alan?

—Descansando. Se encuentra bien. Ha sido una operación complicada.

—¿Ha corrido peligro en algún momento? — pregunté asustada.

—No, pero temí que la lesión tuviera consecuencias más graves y no ha sido así. Hemos podido operar limpiamente y hemos comprobado que no había otras zonas con traumas o estrangulamientos. Ha tenido suerte.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Claro, pregunte lo que quiera.

—¿Volverá a caminar?

Mi rostro era arrasado por las lágrimas. El Dr. Andrew me miró de hito en hito y esbozó una breve sonrisa. Sus acompañantes hablaban entre ellos. Parecían cansados, pero orgullosos de haber hecho un buen trabajo.

—Alan volverá a caminar. No me gusta aventurarme, pero creo que la probabilidad de que pueda hacerlo es alta.

—¡¡No me lo puedo creer!! — grité eufórica.

—Me gusta ver esa cara, señorita. Repito que Alan ha tenido mucha suerte. Si, solo por la Medicina fuese, él no podría volver a caminar.

—Es usted el que lo ha operado. El mérito es suyo, Dr. Andrew.

—No le voy a quitar la razón, pero debe saber una cosa. Si los daños hubiesen sido más graves, esta operación no habría servido de nada.

—¿Puedo verlo? Necesito verlo y contárselo.

—Haremos una excepción y uno de mis compañeros la llevará a post operatorio para que pueda verlo. Es una excepción que, en casos tan graves como este, suelo hacer.

No pude evitarlo y lo besé en la mejilla, y luego en su frente lisa y despejada. El doctor se limitó a

reír y yo salí de la habitación, acompañada de un médico del equipo. Bajamos por la escalera. No quería perder tiempo. Parecía una niña, pero no podía expresar de otra forma la alegría que me embargaba. Mi acompañante se quedó rezagado. Reía. Simplemente Reía, pues él también debía de estar orgulloso de haber logrado que Alan recuperase su vida, la vida que lo hacía feliz. Entré a la sala y allí lo encontré. Los efectos de la anestesia todavía eran visibles. Abrió los ojos lentamente y, sin apenas parpadear, me descubrió ante él.

—Dakota, ¿estás aquí?

—¿Dónde iba a estar? ¿En Malibú?

—No puedo hablar. Me duele todo y siento un peso muy grande en mi pecho.

—Descansa. Debes descansar, Alan.

—¿Qué te han dicho los médicos?

—La operación ha sido un éxito. Y me ha asegurado el Dr. Andrew que volverás a caminar.

La última frase no pudo escucharla. Se había dormido de nuevo. La enfermera que estaba atendiendo a Alan sonrió y me dijo que, en unas horas, estaría despierto. Debía tener paciencia. Estaba más que harta de que todo el mundo me dijera que tuviera paciencia. Pero no había otra forma. Debía esperar. Sin embargo, debo confesar que aquella noche en el hospital, sola en la habitación, sin Alan, fue una de las noches más felices de mi vida.

Alan volvería a caminar. Ahora necesitaría un tiempo de rehabilitación intenso que no iba a ser fácil, pero los dos unidos lo lograríamos.

Miré por la ventana. Los árboles habían desaparecido en la oscuridad. El suave susurro del viento obligaba a que las hojas se comunicaran

entre ellas con leves chasquidos e hipnóticos murmullos. Era feliz y pensaba en el futuro, en que Alan, a partir de ahora tenía futuro. No sé si yo formaría parte de él. Eso no importaba ahora.

Al día siguiente, lo subieron a la habitación.

Estaba despierto. Sus facciones tensas transmitían preocupación, pues nadie le había comunicado todavía la buena noticia.

Lo besé en la mejilla. Era un beso tierno, como si yo necesitara reconciliarme con el sufrimiento que había experimentado Alan a lo largo de este tiempo. Me miró con ojos vidriosos y me suplicó que le dijera la verdad.

—Te lo dirá el médico. Volverás a andar, Alan. Tus lesiones no eran tan graves como pensaban en un principio.

—¿No me estás mintiendo, Dakota?

—Nunca se me ocurriría mentirte con una cosa así, Alan.

—Por favor, júrame que es cierto.

—No me gusta jurar, pero esta vez lo haré. Te juro que podrás caminar. Pero has de hacer una intensa rehabilitación.

—¡Haré todo lo que esté en mi mano para lograrlo! — su tono de voz se elevó y tosió.

—Ahora debes descansar, dejar que las heridas cicatricen, ¿de acuerdo?

—No sé qué decir, Dakota. Creo que aún no he despertado del sueño. Creo que no es verdad lo que estoy escuchando.

—¿Quieres que te pellizque? — pregunté con aire infantil.

—Sí, pellízcame, por favor.

—No te voy a pellizcar. Voy a hacer otra cosa.

Sin que se lo esperara, le di una bofetada. Alan se quedó estupefacto.

—¿Qué haces, loca?

—Esto es para que te des cuenta de que no es un sueño y para que sepas que me has hecho padecer mucho.

—Joder, pero no hacía falta que me dieras esta bofetada. Esperaba que me dieras un beso.

—¿Un beso? Ya veremos. Ahora a cumplir con todo lo que te ordenen los médicos, ¿me has oído?

—Claro, eso haré. Tranquila, pero no vuelvas a pegarme. Duele.

—Más me duele a mí todo lo que he tenido que

aguantarte. Tenías que tener más fe en ti mismo.

El Dr. Andrew entró en ese instante en que yo regañaba a Alan. Al verlo, volví a emocionarme y me lancé a abrazarlo y a besarlo.

—Señorita, es usted muy efusiva.

—A este no le das una bofetada, ¿verdad? —
intervino Alan bromeando.

—No, porque este hombre nos ha devuelto la vida. A este hombre hay que mimarlo.

—Muchas gracias, doctor, por todo lo que ha hecho.

—Es mi trabajo, Alan. Me pagan por hacerlo. Y te puedo asegurar que me pagan muy bien — dijo el doctor sonriendo.

—No me puedo creer que vaya a caminar.

—Lo harás siempre que cumplas con el programa de rehabilitación al que te vas a someter, ¿de acuerdo?

—Ya me encargaré yo de que lo cumpla, si no le va a faltar cara para las bofetadas que va a recibir.

—Insisto, señorita, es usted muy efusiva.

El Dr. Andrew nos explicó que Alan debería permanecer una semana en el hospital. No era conveniente darle el alta hasta saber si las heridas de la propia cirugía habían cicatrizado. Después vendrían las sucesivas revisiones y una rehabilitación que habría de enseñarlo a caminar de nuevo. Alan escuchaba atento y pude ver la emoción en sus ojos, una emoción contenida que todavía se movía entre el regocijo y la incredulidad.

Esa misma mañana llamé a mis padres a comunicarle la buena noticia.

—¡No me lo puedo creer, hija!

—Mamá, ha sido un milagro.

—Tu padre, que está a mi lado y te está escuchando, me dice que los milagros no existen.

—Sí, existen, mamá. Sí, existen.

—Ese niño te ha robado el corazón — voceó mi padre.

Reía. Reía sin parar y puede comprobar que mis padres estaban exultantes, deseosos de brindar conmigo por aquella noticia que me había hecho tan feliz.

Alan dormía de nuevo. Aproveché su sueño para telefonar también a Clara, que se puso a llorar cuando le informé de todo. Yo también lo hice.

—Ha sido muy duro —confesé.

—Me lo imagino, pero te has liberado.

—Y que lo digas. Me he liberado de esa infelicidad que se había adueñado del corazón de Alan. Intentaba disimularla, pero yo podía verla en sus ojos.

—Eres muy valiente, Dakota. Te admiro.

—Clara, eres un apoyo muy importante para mí. No sabes lo que te echo de menos.

—Ahora tienes que ser más fuerte que antes.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no puede venirse abajo. Alan debe ser constante y no flaquear si le cuesta más de lo que pensaba.

—No, Alan no se va a venir abajo. Hemos pasado ya lo más duro.

Hablamos entre lágrimas y, mientras lo hacíamos, miraba a mi vikingo en su cama, durmiendo con una paz que había olvidado desde su accidente. Esa paz había vuelto a él, esa paz que yo también necesitaba.

Aquella semana en el hospital fue un viaje apasionante hacia ninguna parte. Le ayudaba a comer y, como todavía no podía moverse, me aprovechaba de su indefensión para pellizcarle y morderle si decía alguna cosa que me molestaba o desobedecía alguna orden del médico.

La anestesia le había quitado el apetito y yo le obligaba a comer. Le compré bombones. Nos hinchamos a bombones, unas cajas rojas que vendían en la cafetería y que importaban de Brujas. Me encantaba cómo las envolvían para regalo— Luego, las subía a la habitación para que las devorásemos viendo una película tras otra.

Alan era otro.

Alan era mi vikingo.

Era esa persona que, ahora, llena de vida, volvía a creer en el futuro y que, en silencio, antes de dormirnos, me miraba con esa serenidad de quien sabe que la persona a la que mira es un ángel caído del cielo.

Algunas noches, me hacía hueco en su cama y yo dormía abrazada a él.

Después de una semana y de que los médicos nos repitieran todas las instrucciones para su rehabilitación, nos dieron el alta. Volvíamos a casa. Alan seguía atado a su silla, pero lo haría por poco tiempo.

Al llegar aquella tarde a su domicilio, Alan hizo el ademán de bajarse de la silla, pero no podía.

—No hagas tonterías. Haz el favor de tener paciencia. Estás mucho mejor, pero aún no estás curado del todo.

—Lo siento. Pensaba que podía levantarme.

—No. Voy a ser yo todavía quien tire de ti. No va a ser tan fácil librarse de mi presencia.

—Sabes que te necesito y te necesitaré siempre, Dakota. El Dr. Andrew no es quien me ha curado. Has sido tú — dijo mirándome a los ojos y a punto de llorar.

—No digas eso. Aquí el que ha librado la lucha se llama Alan y ese Alan aún no ha ganado la batalla, recuérdalo.

—La ganaré y lo haré por ti.

—No, lo harás por Alan. Quiero que vuelva el hombre que conocí nada más llegar a Ámsterdam.

Cenamos en la quietud de la noche.

Abrí unas latas de conserva. Brindamos con cerveza negra. Y, como podéis imaginar, tenía unas

ganas locas de acostarme en la cama.

Alan se durmió enseguida. No le dio tiempo a decirme siquiera “buenas noches”. A mí me costó mucho más.

Me embargaba la felicidad.

Me levanté varias veces. La última vez que lo hice, miré por la ventana y creí ver los mismos árboles del hospital, aquellos árboles que me hablaban con el viento, ocultos en la oscuridad de la noche.

Capítulo 8

Después de volver del hospital, aún nos quedaba un largo camino. Solo puedo decir una cosa y es que hizo un esfuerzo tremendo.

Yo no sé si habría sido capaz de hacer algo así, si hubiera estado en su lugar. Cada vez que se caía se levantaba. Yo no lo miraba, pero escuchaba los quejidos y eso me rompía el corazón. Pero debía hacerlo. Lo más duro eran las barras.

Pero, poco a poco, lo fue superando y los terapeutas lo animaban constantemente.

A veces, cuando desayunábamos antes de ir a rehabilitación, Alan se ponía serio y dubitativo. Me inquietaba que lo hiciera. Me inquietaba que se refugiara en una especie de silencio expectante.

—¿Qué te pasa hoy?

—No me pasa nada, tranquila.

—Yo estoy tranquila. El que me parece que no lo está eres tú — dije yo con voz serena.

—Perdona. No quiero dar la sensación de que estoy preocupado.

—Pero lo estás —repuse yo con severidad.

—Tengo miedo, Dakota.

—¿De qué tienes miedo?

—De que nada de esto funcione. Que, después de

jugarme la vida en el quirófano, no consiga caminar.

—Tienes que darte tiempo y confiar en tus médicos
—comenté yo.

—Tiempo es lo que no tengo. Cada día que pasa es un día que pierdo en esta maldita silla de ruedas.

—Alan, estás siendo muy egoísta.

Se hizo un silencio tenso entre nosotros. No era la primera vez que, a lo largo del mes que duró la rehabilitación, se repitió este diálogo, un diálogo inútil y vano que no nos llevaba a ningún sitio.

—¿Por qué dices que estoy siendo muy egoísta?

—Porque no te das cuenta de lo que has logrado. Has sido muy valiente y ahora no puedes abandonar.

—No soy yo el que abandona. Son mis fuerzas — justificó con tono grave.

—Lo sé. Nadie dijo que iba a ser fácil. Pero tienes mi apoyo y debes tener en mente que, más pronto que tarde,

podrás caminar.

—No lo tengo claro.

—No pienses tanto en ti mismo. Vive cada día como si fuese el último. Vívelo, ¿me oyes?

—Está bien. Te haré caso.

Parecía que, en aquellas conversaciones que manteníamos, Alan buscara una motivación para seguir. No era nada fácil, es cierto. Y era muy desesperanzador para él que, tras una jornada agotadora en rehabilitación, saliera de nuevo sentado en la silla de ruedas.

Salíamos a comer al restaurante que había cerca de casa y allí yo intentaba hacer todo lo que estaba en mis manos para que olvidara esa actitud de derrota.

A veces, lo conseguía. Otras veces, no lo lograba y yo también me hundía. En más de una ocasión, se lo comuniqué a Dana, cuando Alan no estaba presente, cuando mi vikingo descansaba en la cama tras la rehabilitación.

—Dana, estoy preocupada.

—Lo sé. Lo veo en sus ojos.

—Se me nota, ¿verdad?

—Mucho — dijo con tono cortante.

—Parece que no estuviera satisfecho con la idea de que, en breve, podrá caminar.

—Lo que sucede, Dakota, es que no se lo cree.

—¿Por qué?

—Porque no para de trabajar, de cooperar con los médicos y los terapeutas, y descubre que no hay resultados.

—Los médicos le han dicho demasiadas veces que debe ser paciente.

—Se ahoga, Dakota. Alan se ahoga.

—¿Qué quieres decir?

Aquella mujer callaba entonces, buscando una pausa que le

permitiera responderme con cautela, sin alarmarme.

—Él sabe que puede salvarse, pero piensa que la realidad es otra. Sigue en su silla, pese a las energías que está invirtiendo. Y se ahoga. La ansiedad lo está matando, pero tiene suerte.

—¿Por qué? —pregunté con tono de preocupación.

—Porque te tiene a ti. No es la primera vez que te lo digo.

—He trabajado con muchos pacientes que perdieron todo. Que no tenían a nadie y aquellos que tenían a alguien a su alrededor los abandonaron en algún asilo o residencia. A veces logré recuperar a algunos de mis pacientes que no tenían lesiones demasiado graves. Muchos consiguieron volver a nadar y comenzar una nueva vida. Otros se quedaron arrumbados en habitaciones de residencias porque su propia depresión y el egoísmo de sus familiares fueron más fuertes que cualquier posibilidad de recuperación.

—¿Cómo se asume algo así? — pregunté con temor.

—No se asume, Dakota. He llorado mucho por cada uno de ellos. Aún recuerdo sus nombres. Rezo por ellos.

—Yo no voy a abandonar a Alan. Creo que te lo he dicho más de una vez.

—Lo sé. Por esa razón, Alan tiene mucha suerte.

—¿Crees que caminará, Dana?

—Claro que lo hará y todo esto será un mal sueño, y, cuando prescindan de mis servicios, dirán en la intimidad que esto nunca sucedió —ironizó.

—No sabes cómo te aprecio, Dana. Tú no te vas a ir nunca de aquí.

—Se me ocurre una cosa, Dakota. ¿Por qué no le prepara una sorpresa?

—¿Crees que eso le animará? — pregunté con asombro.

—Una sorpresa anima a cualquiera.

Cuando terminó la primera semana de rehabilitación, comprobé que Alan estaba más deprimido que el primer día en que comenzó a trabajar con sus terapeutas. Dana tenía razón. Tenía que hacer algo para recuperarlo. No podía permitir que aquel hombre, mi vikingo, se hundiera en la miseria, en la frustración, así que se me ocurrió una cosa. El lunes de la segunda semana, tras una costosa e intensa sesión de rehabilitación, de la que Alan salió extenuado y sin fuerzas, llamé a un taxi.

—¿Qué haces, Dakota?

—Una cosa. Cállate. Descansa. Déjame a mí. Quiero hacer algo que me apetece.

—Estoy agotado. Quiero irme a casa— dijo con una voz débil.

—No tienes que hacer ningún esfuerzo. Tienes que obedecer solamente.

—Me das miedo, Dakota — sonrió al decir eso.

—Me lo agradecerás.

No tardó el taxi en llegar hasta la puerta de la clínica. El chófer me ayudó con Alan, quien se quejó cuando lo movimos.

Pero pudo sentarse cómodamente en el interior del coche. Mientras se abrochaba el cinturón de seguridad, yo le susurré una dirección al conductor. Éste asintió.

Me metí en el coche y cogí la mano de Alan, cuyos ojos no dejaban de mirar a los míos, como si tratara de averiguar qué estaba pensando en aquel instante. Pero no lo iba a saber. No se lo esperaba.

—¿Adónde me llevas?

—A un sitio muy especial que me une a ti.

—¿De verdad? ¿Qué sitio es ese?

—No puedes engañarme, Alan. Lo sabes de sobra.

En ese momento, comenzó a reírse. Su rostro se iluminó y el trayecto en coche fue entretenido y ameno. Hacía tiempo que Alan no me gastaba ninguna broma y no se le ocurrió otra cosa que ponerse a contar chistes. Algunos eran malísimos, pero yo fingía que eran muy graciosos. El chófer debía de pensar que estábamos como cabras, pero

me daba igual.

En menos de veinte minutos llegamos al lugar que yo quería. Bajé del vehículo y el taxista me ayudó con Alan y con la silla de ruedas.

Respiramos. Una brisa suave peinaba aquel campo de colores espléndidos que formaba el mosaico de tulipanes. El taxista se quedó esperando en el coche. Y yo me adelanté con Alan en su silla hasta la pendiente de un camino que cruzaba aquellos campos.

—¿Te acuerdas, Alan?

—Claro que me acuerdo. Cuántas veces he venido aquí con mi Harley — intervino con un tono de tristeza que me encogió el corazón.

—Aquí me trajiste por primera vez y me enamoré de este sitio.

—¿Solo te enamoraste de este sitio?

—No seas bobo, Alan. ¿A qué no te esperabas esta sorpresa?

—La verdad es que no, Dakota.

Me puse en cuclillas. Estaba a la altura de sus ojos y estuve tentada a besarlo, pero algo nuevamente me lo impidió, un miedo, la zozobra, un temblor extraño a lo largo de mi cuerpo.

Estuvimos un rato largo mirando aquel paisaje, untado de luz, mezclado con los matices rosáceos y azules de una atmósfera cargada de ozono. Si comparara aquel escenario con un cuadro, sería injusto. Aquel escenario era la vida misma, nuestra vida.

Volvimos al centro de Ámsterdam y, durante el trayecto de vuelta, Alan me cogió de nuevo la mano. Ya no era esa mano fría que yo había acariciado cuando él había perdido toda la esperanza de volver a caminar.

En casa, comimos un pescado delicioso que nos había preparado Dana y volvimos a brindar con cerveza. Alan, aunque agotado, pues sus ojos así lo delataban, me dio de nuevo las gracias.

—No olvidaré todo lo que has hecho por mí.

—No, es al contrario, Alan. Es al contrario.

—¿Qué quieres decir?

—Desde que llegué a esta ciudad, has sido tú el que me has convertido en otra persona. Gracias a ti, a tu entrega y a tu lucha cada día en la rehabilitación has hecho que yo, Dakota, haya madurado. Ahora miro a la vida con una mayor serenidad, con una mayor templanza.

—Suena triste lo que dices.

—No. No es algo triste. Gracias a ti, me he dado cuenta de que la vida no es un juego de niños, sino que es una aventura apasionante hasta en los peores momentos.

Alan sonrió y ya no borró esa sonrisa entrañable durante toda la comida.

—¿Puedo preguntarte algo, Dakota?

—Sí, claro — mi respuesta sonó intrigante.

—Antes he tenido la sensación de que querías besarme, pero no lo has hecho. ¿Por qué?

Alan se había dado cuenta. Me callé durante unos segundos. Necesitaba pensar qué iba a decirle.

—Es cierto. Quería besarte. He sido una tonta.

—No me has contestado. ¿Por qué no lo has hecho?

—Me ha podido el miedo, el miedo a que me rechazaras, el miedo a besar a un hombre que todavía no cree en sí mismo.

—Dakota, necesito que me beses. Y no me refiero a las caricias o a los abrazos de cada noche, sino a algo más, algo que ...

—No hace falta que sigas hablando — interrumpí yo.

Me levanté y me dirigí hacia él. Lo besé en la boca. Lenta y suavemente. Con ternura. Pero, después de ese beso, vino lo demás. Un torrente de pasión y confusión salvajes. Alan me agarró con sus brazos por la cintura y comenzó a besar mis pechos. Pude sentir el calor de su cuerpo que atravesaba el mío. Sus manos eran electricidad. Y yo me deshacía en aquellas olas de fuego que entraban y salían de mí, para mí.

Me senté sobre sus piernas a horcajadas. Mi pecho quedó a

la altura de su boca y yo intentaba frenarlo para que me mirara, para que se excitara aún más, no dejándole que hiciera lo que le apeteciera.

Fuimos al dormitorio y sucedió que Alan se sentía con fuerza, que el agotamiento ya no existía en su cuerpo, y que, por primera vez, sus piernas temblaron. Se movieron tímidamente. Los dos nos dimos cuenta de ese logro y reímos, y aquel descubrimiento no impidió que siguiéramos haciendo el amor. Con devoción.

Entregándome a él como si fuese su presa, porque me gustaba la fuerza que sus brazos y su pecho demostraban al elevarme. Seguía sentada sobre su cintura, después de quitarle los pantalones, y él deseaba verme casi desnuda. Me comía con sus ojos.

Me fui desvistiendo poco a poco para que el placer se alargara. Creo que no lo conseguí. Alan respiraba aliviado y yo quería que sus besos no se acabaran y la electricidad seguía recorriendo mi cuerpo.

Noté que su miembro entraba en mí. Yo estaba hambrienta. Y el hambre era el placer. Y yo me movía encima con un rítmico movimiento de caderas que hizo que él no esperara. Tuvo un orgasmo y yo tampoco pude contenerme. Parecía que hubiésemos pactado aquel derramamiento de placer. Caímos rendidos y Alan me lo dijo enseguida, mientras recuperaba el aliento.

—Las he sentido, Dakota.

—Lo sé. Lo he notado. ¡¡Estoy emocionada!! ¡¡Alan, es posible!! ¡¡Lo vas a conseguir!! —grité excitada.

—¡¡Lo vamos a conseguir!! Te lo prometo. Lo vamos a conseguir.

—No se han acabado mis sorpresas, Alan.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero que descanses un poco. Esta noche nos espera una velada muy especial.

—Eres muy generosa, Dakota.

—Hazme caso. Duerme un poco.

Alan se quedó en la cama y yo salí al salón. Estaba desnuda. Me apetecía hacerlo. La luz de Ámsterdam bañaba mi cuerpo y me preparé un café. Encendí la Nespresso y sentí el calor de aquella casa, una casa que volvía a llenarse de ilusión y de risas.

Quería asomarme a la ventana, pero no quería montar

ningún espectáculo, así que volví al cuarto y me puse la bata. Alan dormía como un niño pequeño.

Las calles estaban atestadas de gente. Hice unas llamadas. Todo estaba preparado.

Hablé luego con Clara largo y tendido. Le conté ilusionada que mi vikingo había sentido las piernas, que las había movido. Quizá Dana tenía razón. Lo que necesitaba Alan era una sorpresa, un cambio radical en esa rutina dura y costosa de la rehabilitación.

Aquella noche me di cuenta de que se las había ingeniado para vestirse solo. Yo me puse un vestido largo. Estaba radiante. Mi vikingo me lo dijo varias veces. Él también lo estaba con su ropa *casual*.

Bajamos a la calle y avanzamos lentamente por las calles. Cerca de un canal, le dije que le iba a vender los ojos. Él sonrió. Accedió. El barco nos esperaba, y la música, y una cena de marisco, y ese descenso por los canales.

—Quería recordarlo, Alan. Quería sorprenderte de la misma forma que lo hiciste tú aquella primera vez.

—Lo necesitaba, Dakota. Lo necesita. En serio. Si no te hubiese tenido a mi lado, creo que no lo habría logrado.

—No tienes que agradecerme nada. Ya te lo he dicho muchas veces. Alan, tú has sido mi ilusión y ahora lo

sigues siendo.

—No merezco esto. No lo merezco.

—¿El qué, Alan?

—A ti, Dakota.

—¿Cómo que no me mereces?

—Hoy me he dado cuenta de que la vida me ha tratado demasiado bien, pese a lo que estoy sufriendo.

—Esa es la actitud, Alan —dije yo.

El barco se deslizaba por la aguas. Los dos sentíamos que flotábamos y que, en cierta manera, aquella atmósfera tan hipnótica y mágica invitaba a que nos relajásemos y a que expresáramos nuestros sentimientos de la forma que lo estábamos haciendo.

—¿No estás triste, verdad?

—No, Dakota. Ya no lo estoy. Me has hecho

especialmente feliz hoy. Por mucho que lo intente, nunca seré capaz de devolverte este favor.

—Nos queda mucho tiempo, juntos. Nos queda mucho tiempo para averiguarlo.

—Espero que sí.

Brindamos con un vino blanco exquisito. Por la noche, en la cama, Alan me besó antes de que yo cerrara los ojos.

—Las he sentido de nuevo.

—Me alegro. Mañana tienes que comunicárselo a tus terapeutas.

—Me he propuesto una cosa, Dakota, esta noche.

—Sorpréndeme.

—Voy a soñarte.

—Ojalá —susurré mientras la ciudad oscurecía y sentía que mi cama, nuestra cama, era como ese barco que

descendía por el canal hacia el centro de la ciudad.

A la mañana siguiente, le conté a Dana lo que había sucedido. Las piernas de Alan comenzaban a responder.

—Tu idea funcionó, Dana. Las sorpresas lo animaron mucho.

—Siempre lo hacen. Lo que mata a muchas personas que están en la misma situación que Alan es la monotonía y la soledad. Se lo puedo asegurar. No lo deje. No deje de sorprenderlo.

—Eso haré y gracias. No sabes cuánto agradecemos que estés aquí.

—Yo también estoy muy agradecida, porque veo en vosotros lo que no vi en muchos otros hogares donde sufrí, donde tuve que callar y donde me obligaron a que no diera ni un solo consejo. Es triste, pero es así.

— Siento mucho lo que me dices.

— No lo sienta. Ahora estoy feliz. Y me siento más

feliz cada día cuando descubro que tú haces todo lo posible para que Alan mejore. En la vida, todo es empezar.

Me encantaba hablar con Dana. Aquella sabiduría era una forma de manifestar su afecto hacia nosotros y de hacernos saber que estábamos en el buen camino.

Las siguientes semanas fueron increíbles. Repetimos las salidas y Alan dejó la silla. Fue un miércoles, ocho días antes de cumplir el primer mes de rehabilitación. Yo no había madrugado y él sí lo había hecho.

Escuché que hablaba con Dana. Me extrañó. La silla estaba junto a la cama. Me puse la bata y salí. Ahí estaba Alan sentado junto a nuestra sirvienta. Sus ojos brillaban y sus manos, que agarraban la taza del café, temblaban.

—Dakota, lo ha hecho. Ha venido caminando hasta la cocina —confesó Dana con lágrimas en los ojos.

—Sí, lo he hecho. Por fin. Me duelen las piernas un poco, pero lo he hecho— dijo él entre emocionado y sobrecogido, como si el miedo a repetirlo y fracasar lo frenasen todavía.

—¡¡Alan!! ¡¡Es la mejor noticia que me podías haber

dado!!

Arrugando el rostro y apoyando las manos en el respaldo de la silla, se levantó con dificultad. Su cuerpo temblaba, pero era verdad. Al fin, lo había conseguido.

Lloré con él. Nos fundimos en un abrazo que duró varios minutos.

—Bueno, visto lo visto, debo marcharme — dijo Dana, evitando molestar.

—De eso, nada. Te quedas con nosotros. No te puedes ir ahora. ¡Ven aquí ahora mismo! —ordené sonriendo.

Y Dana se unió a nuestro abrazo.

—Dakota, tengo una sorpresa para ti — dijo Alan de repente, con voz temblorosa.

—¿Qué sorpresa? Déjate de tonterías. Arréglate que nos vamos a rehabilitación.

—Sí, pero tengo que contártelo antes.

—Venga, suéltalo ya. No me pongas más nerviosa.

—Durante este tiempo, he estado hablando con tu padre. Me daba fuerzas, me animaba.

—¡Qué callado se lo tenía! —exclamé yo con sorpresa.

—Dentro de unos días, vendrán a visitarnos.

—No me lo puedo creer. Dios mío, mis padres van a venir aquí. Es una noticia maravillosa.

No puedo evitar las lágrimas cuando reproduzco por escrito cada uno de estos momentos llenos de felicidad. Escribir también es ser feliz. Y, después de este tiempo, donde los recuerdos se mezclan con estas palabras, me doy cuenta de la verdad que encerraban aquellas sabias palabras de Dana, aquellas sabias palabras que decían: todo es empezar.

Capítulo 9

Estaba emocionada con la llegada de mis padres a Ámsterdam. Realmente estaba histérica.

Y de eso se dio cuenta todo el que andaba por el aeropuerto ese día, de los gritos que metí al verlos.

Quizás era por todas las emociones que no sabía controlar, esas que habían estado haciendo huella en mí desde que volví de España.

Alan se reía mirándonos. Mis padres le dieron un abrazo y Eric no lo soltaba en ningún momento, era como una lapa.

Llegamos a casa de Alan, mis padres deshicieron el equipaje y tomaron una ducha. Era tarde, así que ese día no daría tiempo a mucho, a parte de una

cena en familia.

Encargamos comida y nos dispusimos a disfrutar de ese momento de felicidad.

—Me alegra tanto verte así, Alan — dijo mi madre con voz emocionada.

—Gracias — sonrió él—. No ha sido fácil, pero tengo una mujer fuerte al lado — agarró mi mano y la besó.

—Eres un exagerado — dije avergonzada.

—No creo que lo sea — intervino mi padre, siempre ayudando...

—Os tengo preparada una visita... — comencé.

—Ah, no — me interrumpió mi madre —, tú y tus listas. No, olvida eso.

—¿Qué lo olvide? Pero si querréis conocer la

ciudad — me quejé.

—Y lo haremos, solo que a mi manera — dijo ella, cabezota.

—Mamá, a tu manera la podemos liar. Y no, no vamos a ir a Iglesias, te lo digo desde ya.

—Qué Iglesias ni qué ocho cuartos. Pero ya me estoy imaginando tu lista, seguro que no tendremos tiempo ni para tomarnos una cerveza — refunfuñó ella.

—¿Cerveza? ¿Desde cuándo bebes tú cerveza?
— me quedé con la boca abierta.

—Desde que te fuiste de casa — dijo Eric.

Miré a mi hermano, incrédula.

—Pero bueno, papá, ¿qué está pasando aquí? — pregunté.

—No sé, hija. A estas alturas ha dejado de ser beata para creerse una macarrilla, la crisis de la edad o vete a saber — suspiró este.

Mi madre no se amilanó, le dio un cate en la cabeza, como advertencia.

—OK, mamá, tú sabrás lo que haces. Pero te recuerdo que soy la reina de las listas. Nunca vamos a ningún lado sin mi lista. “No sin mi lista” — grité, como solía hacer de pequeña cuando no me hacían caso, sabiendo que era mi manera de controlar la situación —. Así que no, se hace a mi manera. Y... — seguí cuando fue a hablar —, es la ciudad de Alan, él la conoce mejor que nadie y me ayudó a hacer la puñetera lista, así que sí, se hará con mi lista.

Terminé de decirlo de muy malas maneras pero ya me había sacado de quicio. Realmente mi madre siempre me sacaba de quicio, y en el estado que yo

estaba, con todo lo que había vivido últimamente, aún más deprisa de lo normal.

Eran los turistas, que se aguantaran con mi jodida lista, pensé.

—Verás, hija, el problema es que... — empezó mi madre y se calló.

—¿Qué? — insistí.

—Es que mamá trae su puñetera lista — dijo Eric soltando una carcajada.

Todos le siguieron, mi madre me miraba sin saber qué hacer, como disculpándose con la mirada. Fue tan cómico verla que al final acabé yo también descojonándome.

Al menos se liberó la tensión que yo sentía, estaba a punto de darme algo. Yo y mis malditas emociones, odiaba no saber controlarlas.

Nos acostamos temprano esa noche, nos quedaba una semana de mucha actividad, sin que Alan se

cansara más de la cuenta, por supuesto.

Tres días después quise matar a mi madre de nuevo. Iglesias ni qué ocho cuartos, había dicho... Estaba de Iglesias hasta el mismísimo cogote. Maldición, y eso que no era religiosa.

Al final optamos por dejarla a ella recorriendo Iglesias sola, como una loca, con Dana, a quien le prometimos darle una paga extra por cuidar a la excéntrica de mi madre, y nosotros le enseñamos la ciudad a mi padre y mi hermano, los dos más normales en la familia, al parecer.

Pero todo se olvidó en el momento en el que tuve que despedirme de ellos. Otra vez volvían las emociones a fastidiarme. En parte era un alivio por volver a la “normalidad” de la vida que tenía allí, por otra parte, un pedacito de mi corazón se iba con ellos.

Imaginé que así pasaría siempre si yo seguía viviendo lejos de ellos.

Pero así era la vida...

Cuando los dejamos en el aeropuerto y volvimos a casa, me fui directamente a la cama. Dios, estaba agotada. Caí como desplomada, boca abajo, como un peso muerto.

Alan me ayudó a desvestirme y nos quedamos los dos relajados en la cama.

—Tus padres son los mejores — dijo riendo.

—Sí, pero cómo me superan a veces... — suspiré.

—A veces me pregunto cómo eres tan diferente, sobre todo a tu madre.

—No sé, quizás porque es mi madre y siempre intentaba hacer lo contrario a lo que ella me decía.

—Sí, eso es normal. Pero generalmente, o lo que

suele pasar cuando chocas tanto con un familiar, más si es un padre o madre, es que la relación sea mala, no como la vuestra.

—Mi madre es como es. Tiene sus locuras, pero es un amor. Y yo no podría llevarme mal con ella o tratarla mal nunca.

—No, sé que no eres así. Por eso me gustas, porque aceptas a la gente tal y como son — me dio un beso en los labios.

—Como tiene que ser, ¿no?

—Dakota, sabes que la gente no es tolerante. Se habla mucho sobre eso, pero en la práctica no lo es. Y yo lo he sentido en carne propia en esa silla de ruedas.

—¿Tanto lo notaste? — pregunté incrédula.

—Más de lo que crees. Muchos miraban de

rejo, sobre todo con lástima.

—Pero eso es normal, Alan. La gente no es de piedra y esas cosas dan mucha pena.

—Sí, lo sé. Pero cuando te ocurre a ti, lo ves diferente. No quieres ver esa lástima en los ojos de nadie, te sienta como una bofetada. Tú, aunque no sea cierto, quieres sentir la normalidad. A veces incluso prefieres la ignorancia.

—Cariño, creo que es un tema algo delicado. Debe de haber de todo.

—Puede ser, solo te comento mi vivencia.

—Tiene que ser muy duro sentirse así, entiendo que inferior a veces como te pasó a ti. Pero la gente que quiere a una persona con algún problema, sea físico o no, también sufre. Sobre todo por impotencia por no poder o saber

ayudar. Es muy frustrante — dije recordando cuando él me quiso echar de su vida.

—Lo sé — suspiró —, cada persona es un mundo, ¿no?

—Sí, y cada uno lidia con unos demonios particulares, por eso nunca se debe juzgar a nadie, porque jamás estarás en su piel, ¿cómo opinar si lo que siente o hace es correcto? ¿Qué es correcto?

Alan se me quedó mirando fijamente, sin decir nada. Empecé a ponerme nerviosa.

—¿Qué? ¿Dije algo malo?

—No... Dakota, eres increíble. Doy gracias a Dios o a lo que sea que te puso en mi camino.

—No digas esas cosas — me puse roja de repente.

—Es la verdad. Aunque un poco loca — bromeó —, ojalá todos pensaran como tú.

—Pues sí, ojalá todos metieran las narices en su jodida vida y dejaran de putear a los demás — dije siendo clara.

Alan empezó a reírse, negando con la cabeza.

—Ya me extrañaba a mí tanta filosofía sin ningún taco de por medio — dijo entre risas.

—Una que es vulgar — le saqué la lengua —, pero bien que te gusta — le guiñé el ojo.

—Mmmm... Y no sabes cuánto. Y más me va a gustar en Punta Cana.

—¿Eh? Ya me perdí.

—Vámonos a Punta Cana — dijo tan tranquilo.

—A Punta Cana, claro que sí, como el que dice vamos a tomarnos una cerveza en el bar de la esquina.

—¿Por qué no? En dos semanas tengo una libre de rehabilitación. Quiero estar contigo, disfrutar de ti, y quiero playa. Sol. Calor. Sexo... — eso ya lo dijo con la voz ronca.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí, ya compré los billetes.

Tal cual, volvía el “hago lo que quiero, cuando quiero, y ya después te cuento porque no me queda más remedio...”

—Alan, se te va la pinza...

—Un poco — sonrió —, pero nos vamos, ¿no?

—¿Y si te digo que no? ¿Serviría de algo?

—No — dijo inmediatamente.

—Ya imaginaba... Pues nada, bonita manera de invitarme a semejante lugar — suspiré.

—Siempre puedo probar otras, pero antes quiero el sí.

—¿Qué otras?

—El sí...

—¿Cuáles? — insistí.

Alan empezó a tocarme el interior de mis muslos.

—El sí... — repitió.

Pero ese “oh, sí”, lo dije bastante tiempo después.

Capítulo 10

Por fin en el aeropuerto para viajar con mi amor, andando los dos, aunque él iba lento, andaba, eso era lo importante lo pronto que se estaba recuperando.

Facturamos las maletas y nos metimos cerca de la puerta de embarque, yo estaba muerta de hambre, así que nos comimos un bocata con una cerveza, antes de meternos en el avión, pero al ir en primera clase, lo que menos nos iba a faltar era unos buenos platos.

El vuelo lo pasamos nerviosos, vaya diez horas que nos comimos, estábamos deseando bajarnos en Punta cana a vivir una semana intensa, de esas que te tomas y comes todo lo que pillas, a la vez que teníamos todo el mar Caribe para nosotros.

Aterrizamos y me impactó al bajarme del avión la

humedad que había, salimos a por las maletas y ya nos estaba esperando un señor con un cartel, nos llevó directos al hotel, un impresionante resort a los pies del mar, era alucinante la sensación que tenía, por fin conseguía verlo contento, lo tenía sin miedos, dispuesto a comerse el mundo de nuevo, pero esta vez conmigo, sin el dolor de saber que me estaba condenando a estar con alguien amarrado a una silla de ruedas.

Dejamos todo en ese pedazo de habitación que había escogido él, todo de ensueño, todo como si fuera una luna de miel.

—Por fin te puedo disfrutar, una semana para los dos solos, prepárate, no pienso perder ni un momento.

—Eso suena genial, Alan — dije abrazándolo.

—No te imaginas cuánto te quiero, no sabes cuánto valoro lo que has hecho por mí, quedándote a mi lado cuando cualquiera hubiera

salido corriendo.

—Eres mi vikingo, quieras o no, no pensaba dejarte, me enamoré de ti, independientemente a las cosas que te pudieran pasar, cuando amas a alguien da igual como esté, solo quieres estar y permanecer a su lado, eso era lo único que quería.

—Eres lo mejor de este mundo — dijo mientras agarraba mi cara con sus manos, dejando caer el bastón que por ahora llevaba con él.

No me imaginaba que la vida me iba a gratificar de esta manera después de todo el dolor pasado, pero ya no quería mirar atrás, así que nos duchamos en plan romántico total y nos fuimos a cenar, el sol había desaparecido de este paraíso y estaba anocheciendo a pesar de ser temprano. La música suave se escuchaba desde los diferentes bares del resort, bachata era lo que predominaba, hasta llegar al restaurante todo era fantástico, la

luz artificial sobre esa oscuridad hacía que todo fuera magia.

Estábamos agotados, pese a estar muertos de hambre, comíamos y el cansancio hacía mella en nosotros así que decidimos tras la cena descansar y al día siguiente empezar a vivir aquella maravilla.

El sol se dejaba entrever, eran apenas las 6 de la mañana y con el cambio de horario teníamos los ojos abiertos como búhos.

Alan me abrazó a la vez que comenzó a quitarme la poca ropa que tenía, yo me dejaba llevar, eso de tener el control él me gustaba mucho, me volvía a sentir poseída por mi vikingo, así que disfruté de ese polvo mañanero con el que me estaba volviendo loca, loca de amor, loca por poder disfrutar sin barreras, loca por haber conseguido que luchase por lo que se merecía.

Fuimos a desayunar a un restaurante de los muchos que tenía el resort, nos pusimos morados, estábamos emocionados de estar allí, de repente

saco su móvil y comenzó a escribir.

—¿Qué haces? — pregunté

—Lo que tú deberías de haber hecho.

—No te entiendo.

—Le estoy poniendo un WhatsApp a tu padre para decirle que estamos bien.

Un cosquilleo recorrió mi barriga, era él, mi chico, ese que estaba pendiente a todos y a todo.

—Gracias, mi vida.

—¿Sabes qué?

—Dime

—Echo de menos a Eric — dijo poniendo cara triste.

—Ese monstruito se hace querer, ya te lo dije —
le cogí de la mano y la acaricié

—Sois mi familia, os siento así.

—No sabes cuánto me alegra escuchar eso.

—No te imaginas lo importante que eres en mi
vida Dakota, no tendré vida para agradecerte lo
que hiciste por mí.

—No lo digas más veces por favor, no te voy a
repetir lo que ya sabes.

—Está bien, intentaré no decirlo más.

—Así me gusta.

Fuimos a la playa, apenas eran las 8 de la mañana,
parecía que fueran las doce, dejó el bastón sobre

la hamaca y se apoyó en mi hombro para ir hasta el agua, una vez allí me cogió en brazos, no dejaba de besarme y decirme lo feliz que era.

Después de un par de horas en la playa, fuimos andando a un pequeño muelle, no me podía creer lo que estaba sucediendo, un yate como el de él nos esperaba, con capitán y servicio incluido, nos llevaron a la isla de Saona, donde estuvimos bañándonos y tomando ron con cola, la bebida por excelencia de aquel país, luego nos pusieron en la cubierta una mesa preciosa preparada con todo tipo de marisco, en medio de la bandeja una cajita totalmente de joyería, lo miré impresionada como preguntado que hacia eso ahí.

—Cógelo y lo abres.

—¿Qué es esto, Alan? — pregunté emocionada viendo una preciosa alianza de 3 tonos de oro.

—¿Quieres casarte conmigo? — dijo con brillo

en sus ojos y una sonrisa cortada de oreja a orejas.

—¿De verdad Alan? — pregunté emocionada ante la sonrisa del chico del servicio encargado de atendernos.

—Claro, mi vida — dije mientras las lágrimas caían por mis mejillas.

En ese momento comenzó a sonar la música, y salió un chico del interior de la embarcación que yo no había visto antes, llevaba un micro en las manos y comenzó a cantar uno de mis temas favoritos de Carlos Vives.

Puedo no roncar por las mañanas.

Puedo trabajar de sol a sol.

Puedo subirme hasta el Himalaya.

O batirme con mi espada.

Para no perder tu amor.

Puedo ser, tu fiel, chofer, mujer.

Todo lo que te imaginas puedo ser.
Y es que por tu amor volvía a nacer.
Tú fuiste la respiración.
Y era tan grande la ilusión.
Pero si te vas que voy a hacer.
Planchar de nuevo el corazón.
Se pone triste esta canción.
Quiero.
Casarme contigo.
Quedarme a tu lado.
Ser el bendecido con tu amor.
Por eso yo quiero.
Dejar mi pasado.
Que vengas conmigo.
Morir en tus brazos dulce amor.
Por eso yo quiero...

No dejaba de llorar, era el momento más emocionante con el que un hombre podía pedir matrimonio a una mujer, cuando terminó la canción me levanté y fui a abrazarlo.
El camarero y el cantante se pusieron a aplaudir,

fue la comida más bonita de mi vida...

Pasamos todo el día en ese barco, bajábamos a bañarnos en esas aguas cálidas, cuando empezó a caer la tarde nos volvieron a dejar en el resort, yo iba encantada con ese anillo sobre mi dedo, él me miraba sonriente, feliz, por todo lo que nos estaba aconteciendo.

Cenamos en el chiringuito de la playa, estaban haciendo parrilladas de carne, se estaba a modo hippy, descalzos sobre la arena, comiendo con las manos, de pie, disfrutando de una música que hacía de las mejores compañías, estaba tan feliz que parecía que solo existiéramos nosotros.

Por la mañana cogimos un taxi y nos llevaron a Plaza Bávaro, compramos cosas para la casa, queríamos llenarla de recuerdos de ese viaje, los chicos de la tienda nos invitaban a licores, charlábamos con ellos mientras aprovechaba para fumar algún cigarrillo de forma relajada.

Nos tiramos todo el día en aquel lugar, pese al calor que hacía, lo estábamos pasando en grande,

regateando y tomando de esos licores que costaban que subiese a la cabeza, debido a la humedad, era increíble, con una cuarta parte menos en España, estaría por los suelos, en cambio aquí, estaba disfrutando, estaba viviendo el momento.

Cada día era una aventura, todo era impresionante, cualquier momento inolvidable, derrochábamos amor por los cuatro costados, mi vikingo me estaba haciendo vivir uno de los momentos más bonitos de mi vida.

No podría describir ni con la de miles de fotos que había tirado, la de cosas que había sentido, esos días de playa, de resort, la fiesta que nos apuntamos en un barco en alta mar donde terminamos todos los pasajeros borrachos como cubas, esa complicidad en cada mirada, esos momentos en la habitación, la pedida en alta mar, millones de recuerdos que sería imposible no recordar, un viaje que sin duda volvía a marcar un antes y un después en nuestras vidas.

Era nuestro último desayuno en aquel paraíso, nos mirábamos sonriendo, pero teníamos pena, lo

hubiéramos alargado, pero él tenía que seguir su recuperación.

—Alan, yo quiero hacer algo cuando esté en
Ámsterdam

—No te entiendo...

—Qué no quiero ser una mujer mantenida,
quiero trabajar, en la empresa que estuve me
dejaron las puertas abiertas.

—Puedes hacerlo si quieres, no es lo que deseo,
pero respetaré tu opinión.

—Ya, pero necesito contribuir, sentirme
realizada y sobre todo tener mi independencia
económica.

—¿Ya no quieres mi visa? — preguntó
sonriendo.

—Si claro, ¡Por supuesto! Pero necesito trabajar, que hago los 365 días metida en una casa que encima tienes asistenta ¿me entiendes?

—Tenía planeado algo mejor — dijo con aire misterioso

—Suelta por esa boca — dije apuntándolo con el cuchillo.

—Quería buscar una casa en España, con lo que yo gano de todas las rentas podemos tener una vida cómoda y desahogada, podríamos tener nuestra residencia en Ámsterdam y una casa en España para verano, navidades y cuando nos apetezca ir, podrías apuntarte a algún curso, gimnasio o cualquier actividad que quieras, además de ayudarme en llevar la gestión de mi empresa.

—Estoy alucinando, me encanta la idea, si de verdad me dejas ayudarte, si es para callarme no

— dije en tono amenazante.

—Además, tendremos que preparar la boda — guiñó su ojo.

—Bueno aún no tenemos ni fecha...

—Me gustaría que fuese en junio del año que viene, bonito mes y además me dará tiempo a ir andando en condiciones, sin bastón...

—Vale, a mí también me encantaría, pero me gustaría que fuera en España.

—Claro, no tenía otra opción pensada...

—¡Te cómo! — dije tirándole muchos besitos.

La vuelta en el avión era de noche, parece que los cuerpos se relajaron que tal como cenamos, caímos rendidos y despertamos aterrizando en Ámsterdam.

Cogimos un taxi y llegamos a la casa, a las diez de la mañana nos abrió la puerta una Dana sonriente que me comía a besos, luego nos invitaba a pasar a la cocina, donde tenía preparado un succulento desayuno.

Comenzamos a contarle todo el viaje, estaba emocionada viendo las fotos de mi móvil, un rato después se fue al mercado, iba a comprar una carne que le encantaba a Alan, para luego prepararla al horno, querían que yo la probase. Lo miré estaba feliz, de repente llamaron a la puerta, pensé que era Dana que se le habían olvidado las llaves y algo más, fui a abrir. No era ella, era una chica alta rubia con un bebé en las manos.

—¿Está Alan? — preguntó con un perfecto español que me hizo presagiar que era de España.

No me hizo falta contestar cuando ya tenía a Alan atrás mía.

—¿Qué haces aquí Ruth? — preguntó en tono serio y enfadado.

—De mí te podrás deshacer, pero a él quiero que le veas la cara — dijo enfadada enseñando al bebe.

—Vete, por favor — dijo poniéndose de más mal humor.

—No debe ni correrle sangre por las venas, no entiendes de amor, de lealtad, eres un puto egoísta, él no tiene culpa, — dijo señalando al bebe.

—¡ Que te vayas! No quiero saber más nada de ti, ni de él — dijo enfurecido mientras daba un portazo.

En ese momento sentí que me iba a desmayar.

—Escúchame, Dakota — dijo agarrando mi brazo

—¡No me toques! Eres un cabrón — dije marchando a la habitación a recoger mis cosas.

—No tienes ni idea...

—El que no tienes ni idea eres tú ¡Qué no me hables! Ahora entiendo muchas cosas...

Me di media vuelta, agarré mi bolso y salí de la casa, no quería ni recoger las cosas, quería irme, volver a mi país, volver con mi familia, no le iba a perdonar que me hubiese ocultado algo tan gordo, menos aún que no reconociese un hijo suyo, el alma se me había roto, el corazón, estaba llorando desconsolada, estaba llevándome otro mazazo gordo en mi vida.

Continuará....

Agradecimientos.

Gracias a todos por seguirnos, por apoyarnos y por darnos todo lo que nos dais cada día...

No hay palabras para agradeceros tanto.

Norah Carter — Monika Hoff — Patrick Norton.